

EL BORRACHO QUE SE CREE INVISIBLE

JULIÁN HERBERT



EL BORRACHO QUE SE CREE INVISIBLE

JULIÁN HERBERT

DIRECTORIO

LIC. RUBÉN I. MOREIRA VALDEZ

Gobernador del Estado de Coahuila de Zaragoza

LIC. ANA SOFÍA GARCÍA CAMIL

Secretaria de Cultura de Coahuila

LIC. CARLOS FLORES REVUELTA

Director de Actividades Artísticas y Culturales

LIC. JUAN SALVADOR ÁLVAREZ DE LA FUENTE

Subdirector de Literatura y Ediciones

LIC. MIGUEL GAONA HERNÁNDEZ

Coordinador Editorial

© Julián Herbert

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura de Coahuila

EDICIÓN: Miguel Gaona

DISEÑO: Estefanía Nicté Estrada

CORRECCIÓN: Alejandro Beltrán

ILUSTRACIÓN

DE INTERIORES: Mónica Álvarez Herrasti

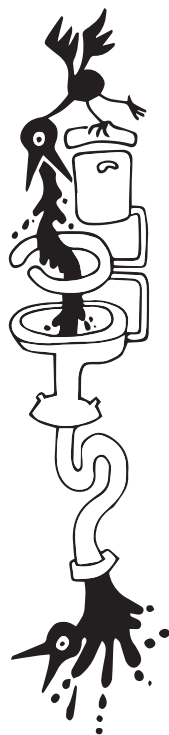
ISBN: 978 • 607 • 9376 • 18 • 5

Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2014

EL BORRACHO QUE SE CREE INVISIBLE

JULIÁN HERBERT

Fomentar la lectura y promover el arte y la cultura de Coahuila son algunos de los objetivos de la participación de nuestro estado en la Feria Internacional del Libro Guadalajara. Por tal motivo, el stand de la SEC en este evento será la plataforma de lanzamiento del proyecto de literatura y artes visuales **EFÍMERO COAHUILA**, en donde cada día se exhibe la obra de un artista visual distinto —ocho de ellos coahuilenses, y un argentino—, y donde cada una de esas obras ilustra una portada distinta para esta edición. Si *El borracho que se cree invisible*, del escritor coahuilense Julián Herbert, fue el punto de partida para la creación de dichas imágenes, también será —al igual que otros materiales impresos y electrónicos— el vehículo para replicar, y así volver permanente, lo que en el contexto de la FIL se exhibe de manera fugaz. El lector tiene en sus manos una de las nueve versiones de este volumen; una edición de colección. Esperamos que la disfrute.



VOMITAR ENCIMA
DE PERSONAS ILUSTRES

VOMITAR ENCIMA DE PERSONAS ILUSTRES

Llevo un par de semanas deseando escribir un guion cinematográfico. Si no lo he hecho es porque aún no me decanto por ninguno de los dos argumentos posibles. Lo que sí he definido es un título digno de la extinta TriStar Pictures: *Vomitir encima de personas ilustres*. Podría tratarse de un *thriller* o, si no, de un melodrama financiero. En el primer caso, considero mi deber sugerir a los productores de Hollywood la dirección de Phillip Noyce. En el segundo, sé que nadie se opondrá a Oliver Stone: sería como oponerse a la elección de Hugo Chávez en calidad de presidente más allá de la tumba.

Si de un *thriller* se tratara, el argumento iría como sigue: un irritado consorcio de suprematistas blancos contrata a un sicario más rudo que Carlos *El Chacal* para que, durante un evento público, vomite una especiosa mezcla de huevo cocido y bourbon barato sobre la cabeza de Michelle Obama. El *twist* del relato es que, durante toda la peli, el servicio secreto (y con ellos el espectador) está convencido de que el atentado se efectuará con arma de fuego y en contra del presidente de Estados Unidos. Así, el astuto sicario emplea como señuelo a un torpe comando traído desde Rusia. Mientras el comando entrena, vemos al sicario vomitar constantemente.

Al principio creemos que está enfermo. No sabemos que practica la fineza más rotunda de su oficio. El entramado se revela cuando nuestro antihéroe se cruza con Michelle en un pasillo de la Casa Blanca y, mientras sus compañeros son arrestados o abaleados, él descarga su estómago en forma gráfica y potente sobre la esposa de Barack, y le toma una foto que alcanza a enviar por celular con el mensaje “misión exitosa” antes de caer abatido bajo las armas de los guaruras, mientras la guapa señora Obama chilla y se retira de las pestañas, con horror y con asco, pedacitos de yema dura.

La otra opción –el melodrama financiero– tiene como protagonista a un excéntrico petrolero texano. El hombre es un filántropo: dona importantes sumas a decenas de organizaciones de asistencia que trabajan en África o Latinoamérica o Medio Oriente o en cualquier otro lugar de quinta categoría lleno de gente agonizante. Solo tiene –nuestro millonario– un defectito: cada vez que entrega un cheque, sella el trato con una ceremonia privada donde mea, caga y vomita encima de la cabeza del presidente o representante de la fundación a la que beneficia. Desde el primer *panning*, que incluye los créditos, vemos la galería de trofeos: una vasta oficina cuyos muros están tapizados de fotos. El dueño del dinero guacarea sobre Médicos Sin Fronteras, mea a unos raquítricos niños negros o deposita una perfecta piedra de caca sobre la coronilla calva de un premio Nobel de la Paz...

La historia no tendría chiste sin un triángulo amoroso: el próximo activista al que el millonario vomitará es un santo, así que su asistente y amada –una chica ultra sexy; ¿quién otra sino Angelina

Jolie?– insiste en sustituirlo el día de la humillación. Al final resulta que la chica es una *kinky* de clóset: goza siendo vomitada y meada, abandona la asistencia social y también a su ñoño y beatífico novio (a quien acaba despachando despectivamente con un cheque) y se dedica a fornicar de día y de noche entre la mierda por momentos dorada de su cachondo y sombrerudo millonario...

Algo así.

O no sé, a lo mejor tendría que dejar entrever por ahí algún margen de redención para los desposeídos, los vejados, los sin techo: la gente sobre la cual vomitan y mean y cagan diariamente los sicarios, las primeras damas y, por supuesto, los petroleros texanos. Ya ves que a Oliver Stone le gusta todo ese tipo de ingenuidad charlatana.

Qué bueno que me descargué. Se siente uno como nuevo. Espero no haberte salpicado la blusa. Estoy mejor. Hasta podría ponerme a trabajar.

2013



MI MAMÁ ME MINA

Todos necesitamos una madre con quien desquitarnos de estar vivos. O, ¿por qué otra razón las amaríamos tanto? Claro: ellas velaron por nosotros cuando estábamos enfermos, nos dieron lechita y un vocabulario, asistieron desveladas a ese horrendo *show* donde salíamos disfrazados de pollitos, se soplaron más de dos veces las divisiones de quebrados, nos consintieron berrinches por los que aún sentimos nostalgia. Pero esas nimiedades no bastan para querer a alguien más allá de los límites del decoro. Si fuera así, ninguno de nosotros sabría lo que es un rompimiento o un divorcio. No: el amor incomparable solo florece si lo riegan las aguas elementales del rencor.

Rebajar a la madre. Convertirla en *ni madre*, en un *desmadre*, en *esa madre* (algo cuyo nombre sabíamos pero no podemos recordar justo ahora), en una *madriola*: estas y otras palabras —que tú conocerás mejor que yo— son la más fina urdimbre de nuestro amor filial. La vejación puede llevarnos al vacío: ser *pura madre*: nada. O puede travestirse de todo lo contrario: un intercambio extremo, portentoso y caótico de signos. Dar y/o recibir una *madriza*, por ejemplo. Algo que sucede con frecuencia después de que alguien deja caer sobre la

mesa el único verdadero clásico instantáneo de las letras mexicanas: la expresión “chinga tu madre”.

El honor, ese resabio esquizofrénico del heroísmo salvaje, posee un apego incestuoso a la mitología maternal: no me la toquen; a esta persona nada más la jodo yo. De la misma manera en que un machista irredento se refiere a las mujeres llamándolas “damitas”, un mal hijo tendrá siempre a la mano verdaderas estatuas públicas de lo cursi para referirse a tu mamá (o a la suya): “Tu santa madre”; “Tu señora progenitora”; “La autora de mis días”. (Por ejemplo ese chiste del diputado que declara, cuando el populacho le mienta la madre: “Las figuras públicas tenemos dos madres: una para que la insulten los barbañes y otra que conservamos en un nicho”. Alguien entre el público responde: “Pos chingas a la del nicho”.) Un lenguaje perfectamente desnaturalizado, el reverso de eso que las gentes de antes llamaban “madre desnaturalizada”, la que carece del instinto materno.

Y a todo esto, ¿no es reveladora la inexistencia de un “instinto hijal”: algo más allá de la supervivencia que nos apegue animalmente a la madre?... Si requerimos tanto lenguaje (y tan diverso) para mantenernos unidos a ella, es porque el amor a la madre no viene de las tripas sino de la inteligencia. Es producto de la memoria, la experiencia y el deber. Es un amor derivado del odio: si la lucidez tuviera un instinto, sería el rechazo sistemático de todo lo que no puedo controlar, de todo lo que no es yo. De ahí que los hijos podamos ser malagradecidos pero nunca desnaturalizados: nuestra naturaleza es alejarnos de la madre, y solamente la retórica y la mente (y, por

supuesto, las ofertas del 10 de mayo en Liverpool) nos mantienen unidos a ella.

Hay una zona del lenguaje en la que siempre seremos niños. Tal vez de ahí proviene nuestra ansiedad por rebajar la figura materna. Después de todo, se trata de una gigante con poderes extraordinarios que controla, más allá del tiempo y el espacio, nuestras preferencias culinarias y nuestros hábitos de higiene bucal. No es raro entonces que, junto al lenguaje de la vejación, practiquemos también coloquialismos poderosos que revelan, al lado de nuestra admiración, su condición de ogra. Algo buenísimo está *con madre* o es *a toda madre*; desplazarse a gran velocidad es *ir a madres*; “mucho” es *un madral*; lo muy grande es *una madrezota*...

Qué poco vale, vista desde este gigantismo pundonoroso e infantil, la figura paterna. A lo más a lo que podría aspirar es a que intentemos sustituirla.

Hace unos días, mi hijo de cuatro años me propuso: “Ahora yo voy a ser tu papá”. Le pregunté: “Y entonces, ¿quién va a ser el tuyo?” Contestó muy quitado de la pena: “Uno muy viejo que ya está muerto”. Sé por experiencia que fantasear con la muerte del padre es un pasatiempo masculino más o menos frecuente y aceptable. También sé, como huérfano que soy, que la muerte de la madre sigue siendo intolerable incluso años después de haber acontecido.

“¡Yo soy tu padre, cabrón!”, nos decimos los varones, unos a otros, en plena borrachera. Qué más da: la probabilidad de tener varios candidatos a papá es obvia. En cambio, como ha escrito inmarcesiblemente mi amigo Armando Guerra: “Madre solo hay una. Y me tocó”.

El aforismo de Guerra es un chiste y no: todos, muy en el fondo (y en algunos casos ni siquiera tan en el fondo), creemos que la madre arquetípica, la Única Verdadera Madre, *The Universal Mother*, *The Atom Heart Mother*, ha sido la nuestra. Esto no se debe a que ella sea especial sino a que nosotros, cada uno por su cuenta, nos creemos especiales. La más guapa, la más odiosa, la más cabrona, la más pura, la que nos enseñó a ser responsables o nos desgració la vida, la que ni siquiera era tan importante, la que de vez en cuando es o era *a toda madre*, la muy recóndita cáscara del huevo, la jefa: madre solo hay una, y me tocó.

Madre e hijo se dan sentido existencial el uno al otro, son un binomio egoísta, podrían intercambiar con toda propiedad y al unísono ese otro lugar común de las justificaciones (des)amorosas: “no eres tú, soy yo”. Lo que en realidad celebramos el día de las madres es el Día del Narciso.



Si yo pudiera entrevistar al cadáver de mi mamá, le preguntaría esto:

- 1.- ¿Qué se siente haber sido más lenguaje que persona?
- 2.- ¿Qué se siente haber sido un monumento cuya sombra estaba en todas partes y cuya materialidad en ninguna?
- 3.- ¿Puedo tomarme otra taza de café?... Porfa, una y ya. Ándale.

2013



NOVEDAD DE LA NIEVE

1

Hoy en Saltillo ha caído la primera nieve en años (“seis, siete años”, dijo el locutor). Recuerdo intensamente aquella otra nevada. Primero, porque fue mucho más grande que esta. Y segundo, porque cayó de manera temprana y sorpresiva un 12 de diciembre. El día del cumpleaños de mi mamá. “Es mi regalo”, dijo ella.

Hace cuatro meses, mi madre murió de septicemia derivada de una leucemia mielítica aguda que la había aquejado durante más de un año. Inevitable, cursivamente, repito hoy ese poema que José Carlos Becerra escribiera a un fantasma: “Hoy llueve, es tu primera lluvia”.

Y, al mismo tiempo, no: lo que permite que esta nieve sea la misma de antes es que está cayendo por primera vez. No hay nada nuevo bajo la nieve. Y mi mamá no fue enterrada sino que yace hecha cenizas (cenizas tan mansas e invisibles e inexorables como los copos de esta nevada magra) dentro de una horrible urna que imita al mármol color de rosa que imita la forma cúbica del mundo.

Hace mucho, en diciembre de 1993, cometí la imprudencia de casarme con una mujer religiosa. Naturalmente, lo hicimos por la iglesia. Todas las tardes de una semana especialmente helada, acudí a las pláticas premaritales que nos obsequiaba un anciano muy solemne. Cada vez que yo me quejaba del frío, él engolaba la voz para decir: “Yo dejé de tener frío después de la Gran Nevada”. Por las noches, mi *fiancé* y yo cenábamos en casa de su familia. Por tratarse de la época de fiestas, la casa estaba siempre llena de comensales. Entre los concurrentes destacaba un septuagenario alcohólico, tío abuelo creo de mi novia, quien cada vez que alguien abría la puerta y dejaba entrar el ventarrón, decía: “Ay jijo ’e su pinche madre, ciérrenle que nos alcanza de vuelta la Gran Nevada”.

Platicando con ambos viejos (“adultos en plenitud”, los llaman ahora) me enteré de que la Gran Nevada se abatió sobre mi ciudad en el cincuenta y tantos. Cayó sin parar durante más de una semana. Puesto que el pueblo no estaba preparado para semejante acontecimiento, la vida comunitaria se detuvo: cerraron las iglesias (me dijo el anciano de las pláticas premaritales) y hasta las cantinas (terciaba por la noche el tío alcohólico). En los entre actos de la liturgia y la parranda, ambos hombres me contaban espléndidas anécdotas: de cómo un cura defendió a punta de escopeta los predios suburbanos invadidos por su grey; de cómo el abuelo de mi novia, primer taxista del pueblo y miembro de la policía secreta, había matado a tiros al líder de los tablajeros, pues se oponía a las políticas económicas del

gobernador en turno. Siempre quise escribir una crónica que diera cuenta de la historia moderna de Saltillo a través de esas dos voces (misa y cantina) y tuviera como eje la nevada del cincuenta y tantos. Hablé mucho del proyecto. Nunca lo llevé a cabo: estaba ocupado casándome, divorciándome, teniendo unas cuantas amantes y dos hijos. Ahora ambos viejos están muertos. Por fortuna, nadie llegó a humillarlos nunca con mote como “adultos mayores” o “adultos en plenitud”, expresiones de las que seguramente se habrían burlado. Como se burlarían de esta ridícula nevada, de este friecito –para ellos– ínfimo.

Supongo que el recuerdo del frío hace menos frío el frío.

3

En uno de sus libros (no recuerdo si en las *Seis propuestas...* o en *Por qué leer a los clásicos*) Italo Calvino llama la atención sobre el modo en que Dante construye la visibilidad de sus imágenes. Dante-personaje *ve* los acontecimientos pero no en forma tridimensional: las visiones (especialmente las del infierno) se le presentan a manera de grabados, superficies planas, mecanismos que carecen de profundidad. Incluso hay un momento en el que el personaje cierra los ojos y las imágenes infernales siguen cayendo (*cayendo* y no simplemente “apareciendo”) debajo de sus párpados. Y entonces Calvino cita un verso impresionante: las imágenes caen bajo los párpados “como blanca nieve que cae sin viento”.

Me asomo a la ventana y entiendo con todo el cuerpo esta imagen: el frío, cuando es extático, es capaz de plegar la realidad

sobre sí misma. La calle de mi casa parece un grabado que los copos de nieve van sutilmente imprimiendo –o borrando.

El Morillo, 8 de enero de 2010



ESTADO CIVIL: MENTIROSO

Sin doble moral no hay superhéroes. Quítale su identidad secreta a Batman o a Superman y, sin kriptonita ni acertijos de por medio, destruirás buena parte del aura nietzscheana que los coloca por encima de nosotros. La mejor prueba de que el tema es complejo y rifa en la mitología del cómic es *Civil War*, la saga de Marvel donde los miembros de The Avengers y otros personajes del universo creado por Stan Lee se confrontan (unos liderados por Iron Man, otros por Capitán América) en torno a una directiva de S.H.I.E.L.D. que establece que todos los superhéroes deberán registrarse en un padrón y revelar su nombre civil bajo amenaza de ser considerados delincuentes si incumplen esta orden. El tema de la doble identidad heroica tiene múltiples máscaras, y basta invocar el hermoso monólogo de David Carradine al final de *Kill Bill* para dar un ejemplo de ello.

Otra cuestión compleja que se entromete en la existencia de estos ídolos es el estado civil: la mayoría de los superhéroes son, al menos en su época dorada, neuróticos narcisistas incapaces de embarcarse en la difícil aventura del matrimonio, y optan por los noviazgos interminables y emocionalmente impotentes (Spiderman

y M.J., Superman y Lois, Ciclope y Jean Grey), los romances breves, tormentosos y melancólicos (Batman) o la banal y placentera jugueta (Tony Stark). Un matrimonio “con capacidades diferentes” como el de Reed Richards y Sue Storm es un garbanzo de a libra en este contexto narrativo, y aunque al paso de los años muchos personajes de cómic llegaron a casarse, rara vez las cosas han marchado bien para ellos en este departamento.

Por supuesto, la tensión social/sexual entre mito y matrimonio es más una cuestión ciudadana que superheroica, y su crisis posmoderna no solo afecta a los personajes de los cómics sino que posee un vasto correlato en otros ámbitos de la cultura pop; por ejemplo, en las series de televisión.

¿Qué tienen en común Tony Soprano, Vic Mackey, Don Draper, Nick Burkhardt, Dexter Morgan y Walter White –por mencionar a unos pocos modelos masculinos de la ficción actual?... Primero, todos ellos están casados (o lo estuvieron, o viven en pareja) y la mayoría son padres. Segundo, todos son workahólicos. Tercero, son incapaces de comunicar a sus seres queridos en qué consiste el núcleo de su vida fuera del ámbito doméstico. Claro, la familia de Tony –*The Sopranos*– sabe que él es un mafioso y la de Vic –*The Shield*– que él es un policía; pero no entran en contacto directo con la violencia, la corrupción y el deterioro moral que esas profesiones conllevan. Mientras que Tony necesita recurrir a una analista para desahogar un pánico que su esposa ignora, Don Draper –*Mad Men*– envía a la suya al psicólogo para librarse de la responsabilidad de escucharla y –peor– de hablar con ella.

Más radicales son las circunstancias de Nick Burkhardt –*Grimm*–, Dexter Morgan –*Dexter*– y Walter White –*Breaking Bad*–: lo que no pueden comunicar a sus parientes es su esencia misma, la pulsión que define su lugar en el mundo.

Durante la primera y buena parte de la segunda temporada de *Grimm*, el detective Burkhardt debe ocultar a su amada Juliette la particular sensibilidad que le permite identificar y cazar a los más temibles monstruos de cuento de hadas que habitan ocultos entre los humanos. Las cosas que Juliette ignora ponen en peligro su vida en un par de ocasiones, la dejan eventualmente en coma y destruyen por último su memoria amorosa: no reconoce a Nick cuando despierta. Aun así, Nick prefiere mentirle acerca de quien realmente es con un argumento que hace que el caldo le salga más caro que las albóndigas: teme que, de conocer la verdad, ella piense que está loco y eso la haga sufrir. Su razón para ser deshonesto es un egoísmo extremo disfrazado de piedad.

El secreto de Dexter es más terrenal: no puede confesar a su mujer y a sus hijos que es un asesino en serie. A la postre, esto le costará la vida a Rita Bennet, su esposa. La vuelta de tuerca es que Dexter continúa su carrera criminal tras enviudar e intenta alternar esta labor con su condición de padre soltero, pero fracasa: tiene que enviar a sus hijos a vivir con los abuelos maternos. Puesto a escoger entre la dulce y aburrida rutina familiar y la oscuridad tanática que impulsa su ánimo, parece decirnos la metáfora televisiva, un varón adulto, educado y sensato elegirá siempre lo segundo.

En esto –como en muchas otras cosas– la metáfora que encarna Walter White es particularmente poderosa. Primero, porque su Yo está completamente escindido: su encarnación del lado de la sombra es Heisenberg, no tanto un apodo como un ser independiente, un Mr. Hyde de carne y hueso. Y segundo –y esto es algo que me hizo ver Mónica, mi mujer– porque, a diferencia de todos los otros personajes que cito, él en ningún momento padece tensión o desviación erótica hacia ningún personaje distinto de su cónyuge: su vocación, su novia, su amor infiel es, simple y llanamente, la transgresión: el delito: su *baby blue*: la metanfetamina que fabrica. Walter White engaña a su mujer consigo mismo, y este hecho –que uno intuye pronto– adquiere dimensión poética en el último capítulo de la serie, cuando –parafraseo a Harold Bloom– el personaje se escucha a sí mismo por accidente. Walter le confiesa a Skyler que todo lo que ha hecho no ha sido para ganar dinero para su familia, como ha insistido él en creer durante 62 capítulos, sino por amor propio: porque se sentía más satisfecho consigo mismo al cocinar meta que al ser padre de familia o al dar clases de química. Más que la suma de muertes, es esta escena lo que hace de la serie una verdadera tragedia contemporánea.

El hecho de que todas estas historias de superhéroes, héroes y antihéroes tengan tanto arraigo en la cultura popular, dice mucho de la habilidad narrativa de sus creadores, pero también dice algo acerca de cómo somos los hombres casados: no importa qué tan profunda o patética sea nuestra vida secreta, a ella consagramos una

importante cantidad de energía emotiva. O, mejor: tener una vida secreta es una de las fantasías eróticas masculinas. Mentir un poco (o a veces mucho) es uno de nuestros más constantes estados civiles.

Y no quiero decir con esto que mi mujer no tenga secretos. Simplemente, esos no los conozco.



MUJERES / JOYAS

1. You go to my head

(Paul Desmond & Dave Brubeck, 1975;
escrito a partir de una gargantilla de Dior)

Guárdate de la mujer que es una flama. No la que arde veloz como la pólvora ni la que se derrama hecha cera derretida ni la que ciega con humo verde: la que camina en un soplo y no se apaga y, cuando permanece inmóvil, es una esbelta columna de colores. Lo que lastima de su fuego es no tenerlo en las manos. No duele pero hierde; es la encarnada memoria del dolor. Guárdate de la mujer que es el retoño de un incendio, la núbil flor que crece en los jardines escarlata. No importa a dónde vaya, el único lugar al que sus pasos se dirigen es tu mente. Algo tiene de fantasma pero no es una sombra; es una luz vuelta hacia adentro. Entra a tu cabeza con el truco de las piedras preciosas pequeñas, no a través de un fulgor sino en fluidos destellos diminutos. Reconcentrada, su forma se derrama del deseo al deseo-de-contemplar, de la solidez a la fragilidad sin aspavientos. No una fuente: un capullo. No una flor entre flores: un cirio en un incendio. Una belleza que fluye ingrávida a tu alrededor y, puesto

que no tiene centro, tampoco tiene que esperar su turno de ser amada. Guárdate de la mujer que es pura combustión espontánea y no requiere tener a la mano un pedernal. Guárdate de la mujer que es pura luz mineral y no requiere ser puesta a prueba en una piedra de toque.

2. Lamento haberme peleado en su fiesta de panteras negras
(*Forrest Gump*, 1994; escrito a partir
de un anillo de Louis Vuitton)

“¡Dejé mi cartera en el segundo piso, lamento haberme peleado en su fiesta de Panteras Negras, fuera de eso tengo todos los sueños del mundo, si eres feliz escóndete: no se puede andar cargado de joyas en un barrio de mendigos, uno empieza por no beber y termina asesinando a su familia, las mujeres preferimos hacer limosnas que dar premios, qué he hecho yo para merecer esto, estábamos en eso de salvarnos, pero qué necesidad, para qué tanto problema, las chicas grandes necesitan diamantes grandes, todo lo que sabemos del amor es que el amor es todo lo que hay, la novia desnudada por sus solteros incluso, la princesa del Palacio de Hierro está triste, qué tendrá la princesa del Palacio de Hierro, no importa que mis joyas sean mías porque no puedes poseer un resplandor, tengo 49 grados de la fiebre del oro, nunca te enamores de un kilo de carne molida, qué sabes tú, si tú no sabes nada de la vida!”, gritaba ella sentada en un peldaño afuera del departamento de la fiesta de la que nos habían corrido. Lloraba hecha un ovillo, inclinada, con los brazos entre el rostro y las

rodillas, y de vez en cuando se enderezaba y me miraba de reojo y, sonriendo entre las lágrimas, susurraba: “Señor mío, no sabe usted el problema en que se mete”.

Y no: en realidad no lo sabía.

3. La viuda romana

(*Dis Manibus*, Dante Gabriel Rossetti, 1874;
escrito a partir de un brazalete de Chanel)

Oh, sí: la escuela sublime: ese gesto que perpetúa lo mineral: manierismo donde lo natural es maciza roca: una mano ambiciosa: el gesto de unos dedos curvándose en la piel, en el saco, en el arpa: dirigiéndose no al mundo de los hechos: al mundo de las formas. Por más que ese peinado con resabios de punk quiera desmentirlo (pero ¿qué podría ser más prerrafaelista que lo punk: su arrobo visceral, su melancólica pulsión hacia la muerte, sus torcidos y góticos tatuajes?), el lugar hacia el que mira esta mujer (esta joya) está muy lejos: Inglaterra, 1874. Se trata de una pintura al óleo de Dante Gabriel Rossetti: *La viuda romana*, también conocida como *Dis Manibus*. ¿Era viuda la mujer entre gasas que Rossetti pintó, y que ahora recuerdo mientras contemplo la fotografía de una modelo? Y mejor: ¿será viuda de *algo* esta modelo, con su *look* de Patti Smith amanerada y el hermoso pero un poco torcido, inverosímil trapecio que forman la inclinación de su barbilla, su cuello y su hombro?...

A veces la Belleza miente para decir una verdad. Por ejemplo: *la Belleza es incómoda*. Esa es una de sus reglas y también una de sus

glorias. La Belleza es incómoda y eso la vuelve más real. Pregúntaselo al león: este león majestuoso que bien podría haber moldeado Benvenuto Cellini, y cuyo poder, sin embargo, es una jaula: en vez de montar la Esfera Infinita, fue confinado a un círculo alrededor de la muñeca que conmemora, a su modo, la existencia de los esclavos.

HISTORIA Y EVOLUCIÓN DE LAS IDEAS FIJAS [curso-taller]

Instructor:
Julián Herbert

Duración:
120 horas repartidas en 5 sesiones de 24 horas cada una

Número de asistentes:
2,500 (mínimo)

Requerimientos técnicos:

Un campo de golf, sistema de salida de audio RTM-PowerDrift (se adjunta *rider*), un dispositivo Classroom Papamóvil modelo 94 a prueba de balas (para uso exclusivo del Instructor), dos pizarrones verdes, 20 cajas de gises blancos blandos (de los que no rechinan), dos mochilas de libros (pueden ser nuevos y estar plastificados: no son para leer sino para cumplir funciones propias de un osito de peluche) y 100 sobres individuales de figuras Playmobil azules y rosas (previamente abiertas: son para ser armadas por el Instructor en sus ratos de ocio) (así que mucho cuidado con las piezas chiquitas, ¿eh?). Ah, sí: y medio litro de agua Bonafont.

Dirigido a:

Niños, jóvenes y adultos de ambos sexos, preferentemente pacientes en tratamiento psiquiátrico dispuestos a compartir su dotación de antidepresivos y/o ansiolíticos con el Instructor.

Descripción general del curso:

Humilde autobiografía intelectual destinada a Explicar a la Nación cuáles son las cuestiones verdaderamente nobles y sensatas de la vida, aquellas de las que nadie debería prescindir y cuya testaruda desestimación por parte de las autoridades es causa de la violencia, corrupción y pobreza extrema que sufre México (y algunos otros países, por ejemplo Torreón).

Objetivos:

- a).- Que el Instructor domine la técnica de hablar sin respirar.
- b).- Que el Instructor domine la técnica de sostener económicamente a su familia a costa del tejido social sin necesidad de credencializarse con el PRI, el PAN o el PRD.
- c).- Que los asistentes consideren la opción de estar ligeramente de más en el mundo (a menos, claro, de llevar junto a su nombre el membrete “diputados plurinominales”).

HISTORIA Y EVOLUCIÓN DE LAS IDEAS FIJAS

DESCRIPCIÓN DE CONTENIDOS

▲ Primera sesión: *Garlic and sapphires in the mud*

Actividades: Lectura en voz alta y glosa en tiempo real de la *Poesía Completa* de T. S. Eliot a fin de demostrar que el único verso verdaderamente genial que hay en dicho corpus es “*Garlic and sapphires in the mud*”. Concurso de recetas de *nouvelle cuisine* mexicana para crear en forma colectiva el platillo (deconstruido) *Garlic and sapphires in the mud*. Reto al cineasta Carlos Reygadas para filmar con menonitas no profesionales (léase: actores güeros) el *thriller* metafísico *Garlic and sapphires in the mud*. Performance con cerdos, ajos y diamantes, titulado –obviamente– *The Guacaland*.

▲ Segunda sesión: *Disertaciones domésticas*

Actividades: Explicación esotérica de la razón por la que los números de las barras del volumen de los televisores deben sintonizarse siempre en múltiplos de 5, y no en cifras amenazantes como el 9 o el 16. Argumentación a favor de la pertinencia de tocarse y/o sonarse constantemente la nariz aunque uno ya no esté moqueando porque últimamente no ha consumido cocaína. Elogio del hábito de tomar una ducha de agua caliente cada vez que se concluye una cuartilla (o, cuando mucho, dos). Elaboración colectiva de un catálogo de pretextos que cualquier individuo podría ofrecer para no irse a dormir aunque, evidentemente, esté cayéndose de sueño.

▲ Tercera sesión: *Mr. Nice Guy*

Actividades: Para demostrar que es una buena persona, el Instructor procederá a saludar de mano y con un abrazo efusivo a cada uno de los 2,500 asistentes a su curso (aunque, por otra parte, será incapaz de recordar el nombre de pila de ninguno de ellos, incluyendo a sus ex condiscípulos de la licenciatura). En caso de que (como suele ocurrir) el quórum de su curso no superase las siete personas, el Instructor saludará y abrazará un mínimo de 25 veces a cada uno de los presentes, fingiendo además que se acomoda sobre la frente un copetito estilo Peña Nieto. Para demostrar que es un buen amigo, hará un hueco en su apretada agenda para invitar a comer en privado a un querido-colega-poeta-del-DF. Pero, para demostrar asimismo que no desea ser acusado de escritor mafioso, se autosaboteará bebiendo bourbon toda la noche a fin de quedar físicamente imposibilitado para cumplir con este compromiso.

▲ Cuarta sesión: *Reingeniería de procesos de la materia tóxica*

Actividades: 10 Jack Daniel's Ginger Marlboro rojos 3 bolsitas de English Breakfast Bigelow por taza 4 vasos Andatti grandes antes de las 5 pm canciones de Tropical Panamá Pegasso Chon Arauza Los Corraleros del Majagual pornhub.com The Sonics (PLAF!) The Sonics (PLAF!) The Sonics (PLAF!) The Sonics *I'm losing my edge* 3 bolsitas de chicharrón *crackling* Botanas Selectas 1 cuarto de carnitas estilo Michoacán 4 botellas integrales de salsa Capitán Bravo de diferentes sabores Fiesta Nacional del Triglicérido audífonos Sony

MDR-V150 con el volumen a 100 escuchando asqueado y catatónico a Carmen Aristegui tomadura de sol a 33 grados centígrados buscando una piedra (donde) (para) sentarse a fumar /

▲ Quinta sesión: *Literatura, procrastinación y redes sociales*

Actividades: Revisar la agenda para confirmar que potencialmente se posee (en el limbo de la página en blanco) 6 textos pendientes de escritura. Entre ellos, uno acerca de las obsesiones. Abrir en Word una página en blanco. Abrir Hotmail. Abrir Twitter. Abrir Facebook. Abrir Google. Responder 22 mails innecesarios (o casi). Hacer un poco de *mastergoogling*. Hacer otro poco de *mastergoogling*. Hacer aun otro poco de *mastergoogling*. Postear en Facebook la canción “No es el fin” de Sui Generis junto a la leyenda: “Y al regreso del corte, los antiguos mayas aclaran su postura oficial respecto del año 2012”. Quejarse del trabajo cobardemente irrealizado mediante tuits del tipo: “Me pidieron un texto sobre Daniel Sada y elegí hacerlo sobre la cadencia. ¿Ahora cómo lo escribo? Mejor bajar un podcast o comprar una ouija”. Revisar por enésima vez la estructura conceptual de la batería de cursos con la que uno piensa buscar trabajo a partir del mes próximo, cuando se acabe el dinero de cierto premio. Volver a la página en blanco. Cerrar todas las ventanas. Cerrar todos los archivos. Apagar la laptop. Encender la laptop. Revisar la agenda para confirmar que potencialmente se posee (en el limbo de la página en blanco) 6 textos pendientes de escritura. Entre ellos, uno acerca de las obsesiones. *Ad Libitum*.

Evento extracurricular de fin de curso:

Exposición fotográfica: “Autorretratos de un Instructor Obsesionado con el *look*”. Primera imagen: posando junto a su madre prostituta. Segunda imagen: posando junto a su madre moribunda. Tercera imagen: posando junto a su madre moribunda mientras escribe una emotiva novela autobiográfica acerca de la prostitución. Cuarta imagen: posando junto al cadáver de su madre prostituta mientras lee en voz alta pasajes de una novela autobiográfica que narra la historia de su puta madre moribunda. Quinta imagen: posando travestido (parado sobre los hombros de gigantes) sobre los tacones de su madre (ya no más puta sino solo cadáver) cantando desafinado “soy huerfanita / no tengo padre ni madre”: pidiendo compasión. Sexta imagen: posando contrito en el instante de pedirle (obsesionado como siempre por parecer un chico divertido y al mismo tiempo rudo) medio kilo de buena carne fiada a la literatura.

2012



TODAS SON MÍAS

Hace ocho años que vivo con la misma mujer. Quizá me he jubilado del cruento negocio que apaleó mi juventud: la monogamia múltiple. Me explico: a partir de los 19 años he sido el marido sucesivo de siete chicas distintas. La primera era un lustro más vieja que yo. La penúltima, una década más joven. Si pienso en mis parejas anteriores a la actual, con dos de ellas me casé para luego divorciarme. Con dos de ellas tuve hijos. Junto a una cumplí funciones de padrastro. Con todas compartí casa, compras a crédito, despensas sabatinas, días de campo los domingos; y hasta ahorré pocos pesos con miras al futuro. Siete esposas, seis bancarrotas. Todo por el espurio hábito de escuchar baladas pop de amor.

Más que sentimental, mi dilema es obsceno: me entusiasma poco el sexo casual. La principal razón por la que me acostaría con una muchacha es la posibilidad de volver a acostarme con ella, de re-aprender junto a ella la sexualidad en estado de lenguaje; una estructura de signos que, como la música, va volviéndose dulce, profunda y entera mediante la familiaridad. No es difícil enamorarse de algo así. No importa cuán lascivo sea. “*I’m sick and I’m in love*”, dice el personaje de William H. Macy en la película *Magnolia*.

Alguien responde: “*You seem the sort of person who confuses the two*”. Yo también soy esa clase de persona.

Conocí a Aída a los 17. Dos años después, compartíamos un cuarto de azotea. Era fea y yo la amaba: me liberó de mi familia y me enseñó a coger. Procreamos un hijo cuando cumplí 21. Hice nuestros trabajos finales de la licenciatura en Letras en la sala de espera del hospital mientras ella paría. Los escribí con una Smith Corona apoyada en el regazo. La gente me miraba con disgusto: el golpeteo de las teclas transgredía los estándares nerviosos de una clínica. Ya para entonces estaba viéndome con Sonia, quien a la postre sería mi segunda mujer.

(La monogamia está más cerca de la infidelidad de lo que aceptamos. Me refiero a la infidelidad “romántica”: mantener una doble relación amorosa. La promiscuidad es un territorio moral frívolo y, cuando se le practica a ojos vistas, incluso profiláctico. La infidelidad romántica, en cambio, requiere de espíritu de aventura y sacrificio, amén de que fomenta la igualdad de género.)

Me separé de Aída antes de que Jorge, nuestro hijo, cumpliera un año. Ocho meses más tarde, Sonia y yo nos casábamos. Lo que más he admirado de Sonia es algo que nunca podré tener: una ética laboral pequenoburguesa a prueba de fuego. Con ella tuve otro hijo: Arturo. Era guapa, inteligente, solidaria, responsable. Sin una pizca de sentido del humor.

Conocí a Patricia en la escuela de Letras. Ya era yo profesor, y ella una alumna de mi edad. Resultó ser una rubia muy muy alta con una historia terrible: se había casado con un torero siendo

adolescente. Tuvo tres hijos con él (el mayor nació cuando ella tenía 17) y después lo dejó pues no toleraba su adicción (la de él, claro) a la cocaína. Él se lanzó de un cuarto piso y se rompió casi todos los huesos. Pero sobrevivió. A partir de entonces, su apodo en los ruedos fue *El Resucitado*. En ese trance estaban Patricia y sus hijos cuando los conocí. Ella tenía 26. El mayor de los niños, 9. Yo nunca había conocido a una persona más valiente que yo. Creo que la enamoré por envidia.

Sonia y yo nos divorciamos. Patricia y yo intentamos vivir juntos. A los niños les costó trabajo aceptarme, pero nos arreglamos. El conflicto surgió de una ironía siniestra: yo había empezado a experimentar con la cocaína. Cuando noté que estaba enganchado, tuve que abandonar a esta nueva familia. Fue traidor de mi parte. Pero la otra opción era peor: no soy un hombre con la decencia suficiente como para rehabilitarse por consideración a los demás, y dos cocainómanos en la vida de una mujer y tres niños es algo que trasciende lo que llamamos mala suerte; es una máquina de destrucción.

En esa época, Ana Sol llegó a hacer sus prácticas profesionales a la oficina donde yo trabajaba. Tenía 21 años pero parecía una niña, no por su aspecto pero sí por su candor. Nos hicimos amigos enseguida. La relación fue tan intensa que ella se fugó de casa y se vino a vivir conmigo. Su madre, también amiga mía, tardó una larga temporada en perdonármelo. Ana Sol y yo nos casamos en una ceremonia eufórica. El pastel alternativo de bodas fue un gigantesco brownie de marihuana que ocultamos en la cajuela de un auto.

Tuvimos una relación casi perfecta durante tres años. Ana Sol es una de las personas más sensatas y bondadosas que conozco. Aún hoy, y aunque rara vez nos vemos, la considero entre mis mejores amigas. Empezábamos a hablar de ser padres cuando conocí a Anabel, una joven actriz que vivía amancebada con un poeta listo, guapo y pretencioso, de esos que acaban de académicos en universidades texanas. Anabel y yo nos enfrascamos en una breve e intensa relación que destruyó a nuestras parejas, cambió nuestro sentimiento de lo que es el placer y terminó con los cuatro involucrados poniendo tierra de por medio: el poeta se marchó a estudiar a Puebla, Ana Sol me prohibió acercármele y, luego de pasar pocas semanas conmigo, Anabel emigró a la ciudad de México. Ahora radica en Londres, está felizmente casada y tiene una hija. El día que nos despedimos, me contó: “Soñé que estábamos parados uno frente al otro, sin tocarnos, viéndonos a los ojos. Todo lo demás eran llamas”.

Tardé meses en ponerme de pie. Tanteé la posibilidad de rehacer mi relación con Ana Sol. Entonces apareció Lauréline, una pelirroja francesa diez años más joven que yo. Salimos una temporada, tras la cual nos mudamos a vivir juntos. Estuvimos comprometidos alrededor de dos años. Adoptamos un gato. Hicimos cosas adorables: viajar a Oaxaca a comer hongos alucinógenos, bailar ocho horas seguidas en un *rave*, leer de un tirón en voz alta *Crónica de una muerte anunciada* mientras bebíamos mezcal... Yo aprendí varias canciones y unas cuantas frases en francés. Ella adquirió el mejor español que puede comprar el amor. Lauréline me devolvió algo que por entonces creía perdido: la curiosidad. Lástima: era muy joven y

tenía demasiadas cosas pendientes como para quedarse a mi lado. Primero se marchó a una ciudad situada cuatrocientos kilómetros al sur de la mía. Luego regresó a Francia. No la seguí porque al final de nuestra relación yo estaba muy ocupado amando de nuevo a alguien más: la cocaína. Era mi segunda recaída. La más dura.

Casi al mismo tiempo, Ana Sol me comunicó que estaba embarazada y quería casarse con su actual pareja, por lo que le urgía mi firma en los papeles del divorcio –que yo había archivado cuatro años atrás en algún indolente escritorio. Me derrumbé: vi que –como alguien dijo de Robert Lowell– había vivido dejando tras de mí un reguero de cadáveres. Al final estaba cosechando el último cuerpo: el mío. Tenía 34 años, una adicción atroz y una casi virtuosa habilidad para arruinar mi vida y la de las mujeres más guapas que conozco. Era incapaz de hacerme cargo de mis hijos, entre otras razones porque estaba postulándome para la medalla al peor padre de mí mismo.

Últimamente, volteo a esa época y la juzgo con ojos moralinos: me he convertido en esa figura más o menos despreciable y sin duda conformista que llamamos “un adulto”. En realidad fueron tres lustros de gozo. Lo más feliz que me ha sucedido, además de haber sido joven, es haber dejado de serlo. Eso, y conocer a Mónica.

Tardé un año en recuperarme de la partida de Lauréline. Si 2004 había sido una especie de ataque psicótico en carga lenta, 2005 fue una aburrida sesión de electroshock travestida de meditación trascendental. Dejé de aspirar merca, hice algo de ejercicio y abracé la opción de ser soltero. Lo que, en mi caso, significaba ser célibe.

Beber agua en vez de vino. No ver las piernas de las chicas por la calle. No hablar con extrañas. Renunciar al baile, la pornografía, los estadios de beisbol con pantallas gigantes saturadas de nalgas prodigiosas. Renunciar a la simpatía, incluso a la amistad. Tomado por sí solo, cada vez en presente, el deseo será siempre luminoso. Pero visto a contraluz de lo que el tiempo hace con nosotros, puede llegar a convertirse en una masa muy oscura.

Conocí a Mónica al final de este período. Ella salía con otro tipo y tramitaba su divorcio. Yo estaba en los pits de mi lujuriosa carrera de autos. Nos encontramos el último día de un congreso interdisciplinario de arte. 2 de octubre. Lo recuerdo por dos razones: ese día se conmemora en México la masacre de estudiantes de 1968, y aquella mañana, en el Mundial sub-17 de futbol, el equipo mexicano había derrotado a la selección brasileña, coronándose campeón. Mónica y yo fornicamos toda la noche. Antes de que amaneciera pensé (más bien sentí; tardé meses en volverlo palabras): “Esta es la única mujer con la que podría hacer el amor una sola vez o el resto de la vida. Es igual”. Dos meses más tarde decidimos (alguien preguntó: “¿Qué tú no entiendes más que a golpes?”) mudarnos juntos. Luego supe que las apuestas entre amigos y conocidos nos daban, máximo, seis meses de relación. Habida cuenta de mi historia, no los culpo. Los momios fallaron: llevamos ocho años juntos. Tenemos una casa y un hijo de cuatro años. Ella me descubrió Berlín, me acompañó a cremar el cadáver de mi madre, estuvo en el teléfono conmigo mientras yo vomitaba en un lavabo de hotel tras la noticia de la

muerte de mi padre. Yo también la he reconciliado –eso es todo lo que voy a decir– con algunas zonas complicadas de su existencia. Le regalé además, en un arranque de pasión, la parte de nuestra biblioteca que me corresponde. Creo que eso es el “Sí, acepto” más radical que he pronunciado.

Mónica me convirtió –eso también hay que decirlo– en lo que soy ahora: un gordo suburbano. A veces la miro y pienso en Teresa, la mujer de Tomás en *La insoportable levedad del ser*, quien de algún modo destruye a su marido con tal de hacerlo feliz. No sé: cada vez estoy más convencido de que el amor verdadero tiene algo de lobotomía.

Mi amigo Pedro Moreno contaba la historia de un hombre al que vio una vez embriagándose, solo, en una cantina. Cada tanto, el sujeto levantaba su vaso en actitud de brindis y exclamaba: “¡Todas son mías!” Me pregunto si existe un solo hombre en el mundo que no se haya estremecido alguna vez ante tal idea patética y lúcida. Uno al que no hayan calado estos versos de Gonzalo Rojas: “¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida / o la luz de la muerte?”

Otra frase que se me ocurre para despedirme de mis mujeres (todas son mías), mis monógamas, es el título de una canción de John Lennon: *Happiness Is A Warm Gun*. Como todas las armas mortales, la felicidad requiere de una legislación interna. Espero –nunca doy por ganado el juego– haber encontrado la mía.



EL BORRACHO QUE SE CREE INVISIBLE

La honestidad de un escritor es una ilusión peligrosa. Sobre todo para él. Y esto se debe no a cuestiones éticas sino a un sencillo precepto económico: mientras que un texto siempre acabará en algún punto (siempre; hasta el libro ese de Proust), la honestidad en cambio es un agujero negro. No tiene llenadero.

Yo fui, alguna vez, uno de esos muchachos iracundos que confundieron la prosa con un confesionario. Escribir sobre el misterio que mi mente ha sido para mi memoria resultaba no solo natural y fácil: llegó a convertirse en un deber, una especie de traje de chivo expiatorio con el que he asistido desde la adolescencia a todas mis fiestas de disfraces. Siempre consideré pop y hasta un poco punk y desde luego varonil hablar con perfectos desconocidos acerca del modo en que se prostituía mi madre, o magnificar la cantidad de drogas duras que conoce y tolera mi organismo, o vanagloriarme de la generosidad de mis (cada minuto más escasas) amantes... Pero debo admitir que, pasados los cuarenta, nadie puede seguir ese camino tan bien pavimentado sin acabar mordiéndose la cola, o sin al menos rajarse los labios contra la defensa del automóvil de enfrente.

Cada vez me cuesta más trabajo escribir fingiendo que soy honesto. Primero, porque al fin aprendí el oficio: no hay prosa que valga la pena que no sea un partidito de Nintendo, una estrategia para no ser nominado a la expulsión en ese *reality show* sin ventanas que el sociólogo francés Pierre Bordieu bautizó como Campo Literario. Y segundo porque, cuando dejas de interesarte en imaginar a qué sabrá el año de la despampanante chica que da el informe meteorológico, empiezan a surgir los verdaderos temas escabrosos que habitan el alma de un escritor dispuesto a contarle todo. A saber: el aburrimiento y la holgazanería.

Estar aburrido y ser un holgazán son las fuerzas psíquicas más importantes con las que cuenta un individuo para llegar a ser un escritor de valía. Y, al mismo tiempo, son absolutamente inanes en tanto que tema de escritura. Por eso las palabras “honestidad” y “prosa” se excluyen mutuamente.

En realidad yo quería que este texto tuviera un título distinto: iba a llamarlo “Dios no existe (y el Papa tampoco)”. Mi plan era narrar desde el principio el modo en que perdí la fe. Sucedió en 1978. Yo tenía 7 años y Juan Pablo II visitaba por primera vez México. Estuvo en Monterrey, la ciudad donde yo vivía entonces. Mi abuela me llevó a verlo a las inmediaciones del río Santa Catarina, pero había tal gentío y tan mala organización que la pasamos pésimo, nos perdimos, no tuvimos un solo minuto de goce y, desde luego, no pudimos ver nada: el papa era un fantasma. Desde entonces he tenido la convicción de que el catolicismo no es otra cosa que un desastre de multitudes *waiting to happen*.

Después de narrar todo esto, mi plan era arremeter contra el sumo pontífice Francisco I, rememorando por enésima vez sus vínculos con la dictadura argentina y acusándolo de soberbia por la elección de su nombre.

¿Por qué desistí de ese artículo?... La respuesta más fácil sería: un tema que puede ser agotado en un párrafo es una mala elección para escribir un artículo. Pero, la verdad, renuncié a mi intención porque me di cuenta de que el nuevo papa y la inexistencia de Dios son asuntos que me aburren soberanamente.

Me temo que la mayoría de los escritores, cronistas y columnistas del mundo son un poco como yo: una partida de holgazanes a quienes, la mitad del tiempo, no les interesa el asunto acerca del cual escriben. Lo abordan en calidad de pretexto, por el puro placer de acomodar unas palabras cerca de las otras, como quien arma un cubo rubik.

(O eso, o practican una prosa deleznable.)

Existe un personaje clásico que aparece en todas las fiestas: El Borracho Que Se Cree Invisible. Quiere robar un libro, manosear a una chica, beberse el trago de otro y, no importa cuán subrepticamente crea él que se desplaza por la habitación, todos los ojos lo miran, lo compadecen o, de plano, se le ríen en la cara... La honestidad de un escritor es una ilusión peligrosa, sobre todo para él, porque lo convierte en eso: lo convierte en el borracho que se cree invisible. Un tipo con una misión banal y un poder fantasioso. Por ejemplo yo, ahora, tratando de convencerte de que soy honesto en mi aburrimiento y holgazanería, y de que Dios y el papa son temas fútiles

comparados con el goce de consumir, sin más por qué, unos cuantos centímetros de prosa.

Eso es todo lo que tengo que decir. Eso, y que espero que este breve paseo hacia ningún lado te haya parecido un poquito irritante.

2013



INTERMEDIO
8 FÁBULAS

TRABALE- GÁBALO BLANCO

[Retrato seudomitológico
del senador Diego
Fernández de Cevallos]

Durante más de media vida aborrecí al fabuloso trabalegábalo blanco. Aborrecí sus pezuñas descendiendo laderas con una tesitura de granada de mano. Aborrecí

su peluda cornamenta majestuosa, sus ojillos de santo, su rojiza y pelada calavera furiosa destellando en concursos de belleza vocal. Pero lo que más odiaba, lo que realmente me provocaba una ira pétrea, era su habilidad para escupir (a una velocidad en sus mejores campañas homicida) deposiciones varias que con la jeta levantaba, cada tanto, del piso. Era esto un milagro de extraño ardid bucal: colectaba una hoja de parra con su lengua, sorbía sonoramente las incidencias fecales y, con solo un golpe de quijada, envolvía todo aquello en vegetales nervaduras como si de un fresco habano se tratase. Almacenaba el guato pestilente en su buche, curando claro de nunca mastigarlo; reservándolo todo para zaherir a quien osara importunarle.

Me sorprendió por eso notar últimamente (ahora que los hijos del carnicero Abundio lo capturaron y separaron del rebaño salvaje, lo cegaron y caparon en un establo oscuro, le enseñaron a mugir en escalas menores), que se ha vuelto un bicho manso, incluso un lúcido comentarista de la miseria *real*. Me ha dicho, en un aparte: “me tratan dignamente. Se dirigen a mí con la palabra ‘Usted’. Me

dan mis piezas de sal, mis medicinas. Y me miman con potajes deliciosos”.

A todo esto sonaba satisfecho. Pude notar, al fin, a qué especie corresponde el prodigioso trabalegábalo blanco: es una agrícola vaquilla. ¡Y yo que, aborreciéndolo, llegué a tragarme los rumores mitológicos de su ascendencia grecorromana!...

Desde ese día, no he vuelto a abrir mis álbumes de zoología fantástica. Temo que todos los seres ahí representados se revelen de pronto en un claro esplendor: pollos, cabras, cerdos y borregos. Animales de granja glorificados por mi incapacidad para llevarlos uno a uno –como suelen hacer los hijos del carnicero Abundio– al rastro.

2012

HADA DE LA ESTRELLA AZUL

Había una vez una generación entera de cerdos muy finos pero de muy malas costumbres. Les encantaba mentir. Mentían tanto que la nariz les creció y les creció y les creció. Pero ni así abandonaron el vicio que les caracterizaba. Por el contrario, todos a una y sin ponerse de acuerdo empezaron a practicar el más elaborado embuste: convencer al mundo de que en realidad no habían nacido cerdos sino pequeños y sonrosados elefantes. Con el dinero de sus padres –hay que aclarar que estos chanchitos de chanchullo eran los hijos de Grandes Cerdos: próximamente heredarían empresas telefónicas, trasnacionales, televisoras, cadenas hoteleras, siderúrgicas y fábricas de vidrio– volaron a San Antonio o a Los Ángeles o a Panamá y se operaron las orejas. Luego contrataron a un maestro de canto que cobraba muchísimo dinero por enseñarles en secreto a barritar.

El final de la odisea es de sobra conocido: siguen siendo unos puercos mentirosos. Pero cuando los vemos en las páginas de sociales, dándose un besito de narices o ligando en cafetines lujosos (donde son atendidos por cerdos idénticos a nosotros, salvo que salen ataviados con elegante corbatín) decimos:

–Ah, mira: acá viene la foto de uno de esos pequeños y sonrosados elefantes.

En nuestro fuero interno, sabemos que es mentira. Pero resulta cansado y aburrido sostener en la calle una verdad inútil.

2010

Afirman los Anales (pero El Señor sabe más) que existió en estas tierras una rara especie de huizache seboso al que se conoció como árbol del cuche. También

ÁRBOL DEL CUCHE

los Anales aseguran (con su característico pedorreo y cacarear, mitad cocoricó y mitad poema cortesano) que la planta era de su agrado, pues expelía una caca mansamente amarilla y perfumada, grumosa al tacto, como de cerdo alimentado con bellota. Y puesto que era su flor como una chiche de marrana flaca en celo, y su fruto maduro sabía a algo así como culitos de lechón al mojo de ajo, y poseía su tronco sobrenaturales orificios que dimanaban un sutil y aromático lubricante hecho con adiposidades de tocino 100 por ciento vegetal, los Anales –perversos e irredentos como eran– dieron en la extraña idea de santificar su aberración desposando contranatura a aquella planta, para luego devorarla entre hachazos, coitos y parrilladas que duraban lo mismo que un banquete de bodas.

Los doctores de la fe, alarmados, decidieron tomar cartas en el asunto. Enviaron invectivas a aquel pueblo goloso, acusándoles de bestialismo y alimentación impura. La defensa de los Anales resultó obvia: nada decía el Sagrado Texto contra el sexo entre humanos y vegetales, ni reprochaba el consumo de chuletas arbóreas. Furibundos y mártires, nuestros líderes espirituales emprendieron acciones

para castigar semejante soberbia: enviaron a la frontera occidental un ejército armado de cimitarras, Boings 747 arrojadizos y caballos enanos. Mas la guerra no tuvo lugar: los fieles combatientes que arribaron al país de los Anales encontraron la tierra devastada. No quedaba en pie un solo árbol del cuche, y apenas unos pocos habitantes habían sobrevivido para dar fe de la historia. La mayoría había muerto de una extraña infección (no era triquinosis).

¡Lodo sea El Supremo, que así castiga gula, sevicia y mal aliento!

2010

Fui amigo de un chango existencialista. Había hojeado a Kierkegaard y a Heidegger pero lo suyo, lo suyo, era la calderilla: Nietzsche, Sartre, Cioran... Una vez dijo que Peter Sloterdijk le parecía un genio.

UN CHANGO EXISTEN- CIALISTA

—Entonces —respondí— no me explico por qué le tomó 800 páginas decir lo mismo que a los Sex Pistols les tomaba tres minutos.

Desde que leyó el *Sísifo* de Camus decidió que la única manera honesta de filosofar era practicar a toda hora simulacros de suicidio. Se disparaba dardos de goma a la cabeza, guardaba su cereal en una caja vacía de veneno para ratas, toreaba al tren en las exhibiciones de la famosa película de los Lumière, dormía con un puñado de navajas Gillette bajo la almohada... Una noche en que volvía borracho a su casa (vivía en un cuarto de vecindad habilitado entre las ruinas del antiguo teatro García Carrillo, que se incendió en 1910) tropezó con un peldaño y rodó cuestabajo, partiéndose la mollera. Los escasos camaradas que acudimos a velar su cadáver pudimos ingresar por vez primera a su vivienda. En el refrigerador encontramos cuatro botellas de Moët & Chandon, cada una etiquetada con este sobrescrito: “la beberé el día en que tome la Gran Decisión Filosófica”...

Otro cerdo y yo robamos las botellas, las bebimos completitas y las meamos después sobre los autos y las luces desde los techos de un teatro que hace cien años estuvo en llamas.

TORO PHD

Había una vez un toro que quería ser diiiiiviiiiiiinoooo. Le ofrecieron trabajo como Minotauro (“un buey que era hijo de Zeus”, le explicó su representante).

Pero él torció la boca: más bien aspiraba a ser la Venus de Milo.

Como solo le hacían casting en las plazas de toros, aceptó emplearse por un tiempo en calidad de bestia de lidia. Al principio le iba pésimo: se tendía sobre la arena en una toalla, con quitasol y todo, y fingía ser un turista despistado mientras el público le abucheaba. Mas luego vino un académico de nombre Juancho *Daddy* Derrida, doctor en filosofía, quien acuñó los términos “gesta judoka”, “minimalismo mitológico” y “fiesta brava deconstruida” para ofrecer una explicación sociocultural que validaba las posturas (y las poses) del toro venusino. Así, con una tesis titulada *Turismo bovino gay como desafío a la tauromaquia falocéntrica*, el doctor *Daddy* Derrida se hizo rico y consiguió que cierta universidad del *midwest* le otorgara un doctorado *honoris causa* a nuestro toro, “por tratarse –rezaba el acta académica– de un precursor de las ciencias y bestialidades posmodernas”. A partir de ese momento, una aparatosa cantidad de museos pagó miles de dólares por contratar el performance, cuyo título fue *Gran Torito*.

Aunque el público en masa abarrotaba las funciones, no faltó algún reaccionario (un acomodado historiador de la fiesta apellidado Bloom, andaluz hasta la médula) que intentó hacer que el toreo regresase al redil mediante el sano ejercicio de sacrificar a los antiguos dioses paganos unas mil o dos mil vacas Hereford. Sus esfuerzos, no obstante, resultaron intrascendentes: supersticiosos como somos, apenas a la vuelta de una generación ya todos los habitantes del planeta nos habíamos vuelto vegetarianos. Y, puesto que somos civilizados y nos llevamos la comida a la boca con cubiertos, aún conservamos las muelas; pero perdimos todos los dientes.

2010

EL DIVINO MARIO

El puerquito Mario –sagaz, emprendedor, inteligente como ninguno– tenía dos aspiraciones en la vida: obtener su doctorado en filosofía y poner un negocio.

Por las mañanas, su genio se concentraba en resolver cifras y planear estrategias publicitarias vinculadas al ámbito empresarial que le satisfacía: el gremio restaurantero. Por las noches se desvelaba y embizquecía frente a la laptop intentando componer la más aguda tesis doctoral en torno a la figura del presocrático Empédocles, aquel que se arrojó a los abismos del Etna para pasar entre sus paisanos por un ser inmortal. El puerquito Mario –inquieto, visionario, sacrificado como ninguno– llegó, luego de una breve temporada de ayuno (que por fortuna para nosotros no alcanzó a enflaquecerlo irremediablemente) a una conclusión extraordinaria: lo que tenía que hacer para triunfar era unir sus dos pasiones en un solo gesto. Fundó un restaurante de carnitas estilo Michoacán y, la noche de la inauguración, se sazonó a sí mismo y se arrojó decididamente al cazo rebotante de grasa hirviendo. Entre los estertores que le provocaba la directa lumbre, alcanzó a morderse el pecho y decir a su asistente: “¡Échame más naranjas, échame más naranjas!”... Con lo que todos quedamos conmovidos.

Aquella fue una comilona memorable.

Desde entonces acudimos religiosamente al exitoso restaurante de carnitas fundado por el Divino Mario. Exclamamos: “¡Esto deveras es un manjar de dioses!”... Para conmemorar su origen, el local ostenta un hermoso fresco en el que un cerdo se cocina a sí mismo dentro de un cazo de cobre –rodeado, claro, por doce apóstoles.

2010

ON A DIET

¿Quién no ha visto las lágrimas y risas de una sebosa puerca solitaria que con su blusita a cuadros rojos se sienta frente al aparador de una pastelería y engulle un

pastel de cumpleaños, un pastelito albísimo decorado con dulce mierda hecha exclusivamente de carbohidratos, sí, a puñados y mordiscos, por supuesto, desesperada puerca, enadipándose más de lo que de por sí, pobre y cerdosa y pútrida la panza, deprimida en su éxtasis, sola como solamente sola puede estar una cerda incapaz de meditar lo que se come, incapaz de aguantar seis sesiones de nutriólogo, incapaz de ponerse una gasa en la lengua o una faja de yeso o una liga quirúrgica en el esófago; quién no ha visto a una real y genuina marrana lamentarse y lamerse a solas su pastel de cumpleaños, arrinconada pero exhibida desde el otro lado –transparente– de un vulgar aparador?...

Curiosos cuinos sabios como somos, tenemos la certeza de que en esa postal radica lo sublime: una hembra abandonada cayéndole a mordiscos a un poquito de masa; una belleza tan bárbara que inhíbe. Sabemos que lo ha dado todo (el amor, la salud, la dignidad, el morcón) por diez tazas de azúcar. Y que hay que ser muy hembra para ser así, tan macha –tan estúpida. Pero aun así, no hacemos caso: la escena no nos conduce ni seduce o mortifica. Es que estamos

ocupados escribiendo recaditos amorosos a la brava perra flaca de
enfrente. Esa que lo vomita todo.

2010

JOHN WAYNE EN EL JARDÍN DEL BIEN Y DEL MAL

Esta es la cantina a la que venía John Wayne cuando era chiquito. Allá al fondo se ve su retrato: descolorido y con sombrero, dando la espalda lo mismo a policías que a

ladrones. Era una época en la que John acostumbraba meditar. ¿Se fijan cómo se le nota pensativo, sonriente, gris, desmejorado: como si el cáncer le estuviese adelantando un abono chiquito?... Se preguntaba, por ejemplo, si el destino futuro de los cochinos ladrones (una vez, claro, que el Partido Republicano hubiese exterminado a los indios pieles rojas) sería o no la cárcel de Alcatraz. O si la Justicia no sería una princesa cuyo traje habían mandado remendar a la Sastrería Walt Disney. O si Clint Eastwood –en ese entonces su amigo imaginario– no acabaría benditamente convertido en un vejete sentimental y cursi que colgaría la Magnum para dedicarse a jugar al rugby con un niño chino.

En ese tiempo, John Wayne no había matado a nadie: se dedicaba secretamente a escribir (fijándose uno bien, es posible notar lo que sostiene sobre la barra: un cuaderno y una pluma) fábulas en las que él era un gran héroe y todos los animales resultaban idiotas. Todos, menos los caballos. De seguro se habría convertido, con los años, en un grande y agudo prosista: un Esopo, un James Thurber. Mas los caballos, agradecidos por la deferencia que el pequeño John Wayne

les obsequiaba, le devolvieron el favor: lo premiaron haciéndole lucir mejor que nadie cada vez que se trepaba a una montura. Con lo que, en apariencia, todos salimos ganando: él llegó a ser una leyenda y nosotros conocimos al más alto de los héroes.

Lo que los legos no saben es que, para lograr su embrujo, los caballos tuvieron que negociar con los apaches. Así, los indios se extinguieron en América del Norte pero sus dioses no. Por eso los ladrones no viven en Alcatraz sino en Palacio Nacional. Por eso el cowboy más santo y el payaso que asesinaba niños poseen un nombre idéntico. Por eso la Justicia es una dientona medio alienígena con ojos de crueldad a lo Mao Tse Tung que porta un uniforme azul en vez de una balanza. Por eso el mundo es una bestia que baila con los cerdos a la luz de la luna.

Pinches caballos ojetes.

2010



LAS CIUDADES DESTRUYEN
LAS COSTUMBRES ←

WHO CAN IT BE NOW? ←

PARA LOLITA BOSCH

Veracruz, Ver., viernes 19 de agosto de 2011

Querida Lolita:

Te escribo desde la habitación 416 del Hotel Veracruz, sobre la avenida Independencia, frente al famoso y multifotografiado zócalo del puerto más antiguo de México. Es casi medianoche. Hace calor, claro. Hasta acá arriba (estoy en el balcón) suben las letras y los acordes de los músicos hueseros: farafaras, marimbas, picotas y mariachis... Hay gente en la calle pero no como en otra época (o al menos no como la recuerdo): el martes, cuando llegué, la orquesta tocó danzón y muy pocas parejas bailaban. Parecería que los jarochos, tan festivos y dicharacheros y malhablados como son, se hubieran escabullido dejándoles el cascarón de su ser (el malecón, los portales) a las hordas anodinas de turistas que pagaron su VTP a una distopía folclórica.

A lo mejor me equivoco (he permanecido prácticamente encerrado durante los últimos cuatro días) pero siento como si Veracruz fuera un fantasma cuyo penar solo es perceptible para quienes viven aquí. Tengo esa impresión desde el mismo martes, apenas llegar: estuve impartiendo un curso en un centro cultural

situado a una cuadra del hotel y, al concluir la primera sesión, les sugerí a los asistentes (cumplí cuarenta años y he podido renunciar a casi todo menos a mi vocación de *party organizer*) que nos fuéramos de tragos. Unos cuantos, dudando, dijeron que sí. Fuimos al Diligencias, muy cerca de mi hotel. La reunión se diluyó antes de las doce. Nadie quiso fiestear una sola vez más a lo largo de los días subsiguientes, y yo tampoco insistí demasiado: los escuchaba cuchichear en lo recesos sobre las cuatro o cinco balaceras que hubo cada día, e invariablemente los vi consultar, en sus Blackberries y sus iPads, la opinión de las redes sociales en el sentido de cuál sería la ruta menos peligrosa para volver esa noche a casa.

Me siento abandonado en compañía de un raro privilegio: desde hace años noté (será la altura) que Veracruz es el único lugar del mundo en el que puedo beber a todo tren sin embriagarme malamente y sin sufrir al despertar. Así que en estos cuatro días he atravesado ya tres botellas y media (dos de Jack Daniel's y una de Absolut; voy a mitad de la segunda) completamente solo, intoxicado pero lícito, intoxicado pero lúcido, tratando de diferenciar cada una de las voces que suben desde los portales envueltas en olor a salitre. Muchos de esos alientos hablan de balas y de muertos pero no alcanzo a saber si son corridos, reportajes de radio y televisión, charlas casuales o citas de la historia. De algo sí estoy seguro: se refieren a México.

Me persigue la sombra del país. Hace unos meses, tras una reunión de escritores en Monterrey, me sentí de pronto harto y salí de un restorán sin despedirme de nadie y sin esperar la cena, tomé

un taxi y regresé al hotel y me dormí antes que todos. Por la mañana, Minerva Reynosa me regañó cariñosamente: “Estás en Monterrey, cabrón. Aquí ya no puedes salir a buscar coca en la madrugada sin arriesgarte a que te maten”. Ni hablar: yo tengo la culpa por haberme creado esa fama de insensato.

La verdad es que me he vuelto un mandilón. Cuando estoy en Saltillo, mi mujer y mi hijo no me permiten salir ni a la esquina. Y no podría decir que sin razón: un día de junio fui al Oxxo por un agua mineral y, diez minutos después de mi vuelta a casa, una granada voló una camioneta estacionada sobre la calle por donde yo acababa de pasar. En julio, el ejército cateó de madrugada la propiedad de mi amiga Mabel –situada muy cerca de nuestro domicilio– porque una llamada anónima les dijo que allí había armas. Luego de la revisión –asustaron mucho por la actitud con que empuñaban los rifles pero, hasta eso, no rompieron ni se robaron nada– los soldados se disculparon. Aun así, se quedaron a echarse unos tacos en el baldío de junto. A la mañana siguiente, Mario –el esposo de Mabel– recogió de entre una pila de latas vacías la única cerveza que dejaron viva. La guardó en su refri.

Naturalmente, la prensa local no tuvo la delicadeza de mencionar siquiera tales asuntos. Y peor: al escribir esto me arriesgo a ir a la cárcel, pues hace poco Jorge Torres, gobernador de Coahuila, declaró que se emprenderían acciones penales contra quien “difunda rumores”.

Es por eso, Lolita, que en esta carta de relación desde Veracruz apenas si puedo hablarte de lo que veo desde mi balcón en el cuarto

piso de un hotel del Centro Histórico: hombres que reparan la fachada de enfrente, semivacíos camioncitos con luces de colores que llevan inscrita la frase “Soy el cronista de la ciudad y puerto”, toldos de taxis, canciones a lo lejos... He salido a caminar al malecón un par de veces y hasta cumplí el casi religioso ritual de tomar un café lechero en La Parroquia. Pero la nostalgia y la violencia no dejan sitio para mucho más. Frente a las negras aguas del embarcadero, olorosas a diesel y podrido, recordé la primera gran conversación sobre poesía que tuve con Luis Felipe Fabre. Recordé recorrer en taxi calles llenas de basura en compañía de Carlos Velázquez buscando cocaína (la mejor del país). Recordé lo mucho que me cuesta no consumir, algo que procuro (dijera Savater) por una ética de amor propio, sin promesas inocuas y sin andar sermoneando ni empadronando a nadie: un día sí y un día no o un día a la vez, como cantó Lorenzo de Monteclaro. Recordé –inevitablemente– a Heriberto Yépez en su papel de Prudencia Grifel (al fin Heribierto Yépez encontró su rol auténtico en la gran telenovela de las letras mexicanas) erigiendo su flamígero cuanto artrítico dedito para exclamar, tonante: ¡no se droguen, muchachos!... Ahora estoy esperando su conocimiento revelado en el sentido de que, si no estamos de acuerdo con los monopolios que la corrupción y las leyes mexicanas fomentan, mejor dejemos de criticar y prescindamos de la tele, el celular, el teléfono, el internet y los molletes de Sanborns: qué bonita es mi televisaslimcultura, ¿no?

Por eso casi no salgo, Lolita. Me asusta la violencia. Pero me asusta más la estupidez.

Pura mierda. Todo.

Y no me excluyo: alguna vez quise anotarme en NAR como voluntario para contar cadáveres en el blog *Menos días aquí*. Antes que yo lo hizo Miguel Gaona, quien además de buen poeta es algo así como un hermano menor que me nació en la vida adulta. Yo vi a Miguel, un hombre sano y dulce, envejecer un poco durante aquella semana. Y decidí (me avergüenza saberlo, decirlo no) que yo no tengo la entereza de mi bróder. Será que en esto de envejecer la naturaleza realizó ya la mejor parte de su trabajo conmigo.

Es como en las mañanas: detesto que venga la recamarera a preguntarme a qué hora voy a salir del cuarto para que ella haga lo suyo. Si por mí fuera no saldría nunca. Cada vez que suena el teléfono o tocan a la puerta, recuerdo esa vieja canción de Men At Work: *"Who can it be knocking at my door? Go away, don't come back here no more"*. Si por mí fuera no saldría nunca pero alguien tiene que hacer el aseo. Me baño, me rasuro, me visto, bajo a la calle, camino un poco. Está bien que uno se las dé de huésped mientras los buenos y los malos trabajan, pero no voy a quedarme todo la tarde panzarriba viendo tele al amparo del aire acondicionado mientras los choznos de Gengis Khan se devoran a puños Veracruz: lo solo bello. Salgo y, en vez de turistear, espío. Por Emparán, dos transeúntes hablan de un hospital que permaneció bloqueado toda la mañana. Hay varios muertos. La prensa local (endémica e ingenua ceguera nacional) no dice nada. Pero hay cientos de tuits al respecto.

Cuentan más cosas, Lolita: hablan de calibres, de tipos de herida, ya tú sabes. No me detengo en los detalles porque no estoy

muy seguro de que este país necesite una nueva novela del narco. Lo menciono porque ni siquiera quedándose uno encerrado en la habitación 416 del Hotel Veracruz podría escapar del tema: eventualmente vendrán a tocar a la puerta. Alguien tiene que asear un poco. Alguien tiene que sacar la basura.

Te agradezco que, durante el último año, hayan empeñado (Alicia, tú y muchos otros amigos) tanta energía en hacer la página web Nuestra Aparente Rendición, que da cuenta cotidiana de la violencia que vivimos en México. Para mí es mucho más que un lugar donde escribir, participar o leer: es un pozo testigo de los grados de humanidad que me quedan.

Hartos besos y abrazos,

J.

VENDRÁ LA MÚSICA SOLO SI TENDRÁ TUS [Vistas del Teatro Colón de Buenos Aires]

Prólogo

- 1.- Ciudades por las que puedes caminar porque, a diferencia de lo que ocurre en México, no tienen rotas todas las banquetas.
- 2.- Ciudades con callecitas tan estrechas como Talhuacano a la altura de Lavalle, donde los espejos retrovisores de los autobuses pasan junto a tu cuello como guillotinas romas.
- 3.- Ciudades con sustancias ilegales tan poderosas que te vuelven invisible los sábados.
- 4.- Ciudades con fiebre.
- 5.- Ciudades que se representan en un plano turístico mediante parábolas de agua: ciudades que poseen boca y mataderos: ciudades que devoran animales vacunos.
- 6.- Ciudades que prometiste imaginar a botepronto un domingo por la mañana: ciudades sin sabat.

7.- Ciudades ojerosas, cansadas de estar siempre a la altura del optimismo de su nombre.

8.- Ciudades que son cofres donde la música y los libros guardan algunos de tus recuerdos inventados.

9.- Ciudades *loop* donde, tres meses después y merced al cambio de hemisferio, te vuelve a atropellar la primavera.

10.- Ciudades perfectas para comer riñones. Los tuyos.



Vamos al Teatro Colón de Buenos Aires con una rara perspectiva: la certeza de que se trata de una experiencia a dos tiempos, algo que fatalmente deberá desembocar en escritura: nos han pagado el ticket a cambio de un texto. Confieso que últimamente me repugna escribir por encargo, quizá porque he venido haciéndolo demasiado, quizá porque esta sensación medio inhumana de vivir a sabiendas en dos tiempos –el del suceso y el de la prosa– comienza a estorbarme sobre la cara como unos anteojos oscuros preciosos, pesados y caros que usas para mantener una frugal pretensión de rockstar pero que, en el fondo, no protegen tu mirada: simplemente la cancelan.

Vamos al teatro Colón y, por un rato, intento pensar como turista: apreciar la grandeza de ciertos edificios, conmemorar por enésima vez el poderoso milagro del alumbrado público (tan inherentemente neoclásico) y, sobre todo, pensar en Buenos Aires

no como en una planta carnívora por la que me gustaría ser devorado sino como en un objeto más o menos definitivo: algo cancelado por el matasellos de la historia.

De más está decir que no logro nada de eso. En parte, porque mis nervios de viajero se encuentran hechos trizas: soy ligeramente agorafóbico y he pasado tanto tiempo fuera de casa últimamente que, a ratos, lo único que quiero es arrastrarme hasta una habitación de hotel para asomarme por la ventana y ver personas pequeñas e inofensivas allá abajo. Y en parte, también, porque no logro hacerme a la idea de que soy un turista, de que estoy a miles de kilómetros de México: hace muy poco unos amigos bonaerenses de mi misma calaña me invitaron de madrugada al San Bernardo, una especie de cantina gigantesca de techos altos y mesas de billar, una sucia piscina mental donde se aspira cocaína entre las mesas, delante de todos, como solíamos hacer los mexicanos en Hermosillo o Ciudad Juárez hará unos siete años (antes de que el país se convirtiera en la vitrina de un carnicero); y me sentí como en mi casa.

En fin: vamos al Teatro Colón. Así que por un rato intento comportarme y hasta me pongo un saco.

En cuanto cruzamos la gran puerta de la calle Libertad noto que mi reserva de cinismo no será suficiente para lidiar con la belleza predecible, inclusive solemne que exuda el edificio, y de la cual ya me habían advertido nuestros anfitriones. No es solamente la precisión etérea y a la vez monumental de los labrados en madera y piedra, ni la altura colorida de vitrales paganos que emiten con herético detalle la ejemplar vida y obra de las musas, ni las puertas

envejecidas ni la densidad un poco cursi de los terciopelos rojos que cubren los palcos con una pátina de irrealdad. Es simplemente el lenguaje: las palabras “Teatro” y “Colón”. La carga fetichista que la historia y la cultura le imponen a ciertos símbolos verbales. Después de todo, todos somos Frodo Baggins cargando en un bolsillo mental nuestra versión de *El Señor de los Anillos*.

Me doy cuenta de que estoy pensando en Tolkien porque su atmósfera infantil y amenazante describe el humor que me produce estar aquí, mirando desde un palco a la Filarmónica de Buenos Aires mientras cada uno de los músicos aguarda, con mal disimulada impaciencia, el arribo de su director, el mexicano Diemecke. Me doy cuenta también de que, en parte, mi estado de ánimo proviene de un ligero detalle arquitectónico: las molduras de madera que recubren los palcos y parecen crecer hacia el interior del edificio hasta convertirse en una máscara detrás del escenario me recuerdan a Gaudí, ese exhaustivo diseñador de raíces superficiales que sin duda tenía algo de hobbit.

La función se demora unos minutos: hay una muy nutrida marcha con cacerolas por la 9 de julio, y los organizadores del concierto quieren ser gentiles con los conductores retrasados —ya que no pueden serlo con la realidad. La novelista argentina Patricia Ratto (mi compañera en este encargo) y yo aprovechamos para conversar un poco acerca de nuestros gustos musicales y, de paso, para leer el programa, que desconocíamos hasta ahora. Escucharemos *La siesta de un fauno* de Debussy, un concierto para violín de Prokofiev y, tras el intermedio, la quinta de Beethoven.

Diemecke cruza el escenario con su histrionismo grácil y pone a todos de pie y después parece regañarnos un poquito, batuta en mano, reclamando silencio a quienes tosen o murmuran e incluso a aquellos que le aplauden durante un segundo de más. Una vez caídos en el silencio, la música de Debussy comienza. Diemecke logra dirigir a la filarmónica con esa aura de naturaleza líquida y en aspersion que es a mi juicio la marca preponderante de la música impresionista francesa; la sensación de que el sonido no viene de ninguna parte: más que estar escuchando, nos parece que estamos siendo sumergidos en un sentimiento del mundo que se nos sale por las orejas. Un tributo humano a la oscuridad de la naturaleza, como habría querido Baudelaire.

Lástima que todas las cosas eternas duren tan poco: si *La siesta de un fauno* fuera una rola punk, se acabaría en menos de dos minutos. ¿Te das cuenta? ¿Por qué esos preciados minutos que podemos vaciar de mundo sin vaciarlos de sentido son siempre tan escasos?... Dice mi amigo Luigi Amara que Pascal decía que la verdadera desgracia del hombre consiste en no ser capaz de quedarse quieto dentro de su habitación. Estoy de acuerdo. Pero la única posibilidad que tenemos de que esa habitación desvencijada que es la mente no se derrumbe sobre nuestros cuerpos es tapizarla de música.

Luego viene Prokofiev y, para volverlo todo más exultante y cansado, Hilary Hahn: una bellísima y joven violinista invitada. Sé que se trata de una chica hermosa no tanto por lo que logro apreciar a la distancia, sino porque he visto su foto en el programa: unos cabellos claros y rizados completamente renacentistas, la nariz un poquito

demasiado grande pero el mentón refinado y una mirada verde muy fija y transparente, todavía audaz pero a punto de ser poseída por el arrobó. Lo que veo a la distancia, desde el palco, es que es muy delgada. Lleva un vestido negro con motivos dorados; la falda es larga y con mucho vuelo, los hombros descubiertos. Cuando Hilary empieza a tocar, descubro que ese detalle (los hombros descubiertos) es el símbolo mayor de su sensualidad –y ella lo sabe. No es porque sean gráciles. Al contrario: en ellos se concentra todo el vigor con el que esta mujer ejecuta el violín dando pequeños traspiés como si embistiera al aire con una herramienta que se emplea para hacer zafra de espectros.

El concierto de Prokofiev dura media hora o así. Luego el público aplaude, entregadísimo, e incluso obliga a la Hahn a hacer un doble *encore*.

Mientras ella regresa con su violín y no se escucha ni la respiración del público y la música fluye como una desbandada de pensamientos que se encarnan, noto con la exactitud de quien bebe un vino perfecto no demasiado denso la entrañable acústica del Teatro Colón: algo que una orquesta aprovecha muy bien, pero que únicamente un solista puede transformar en revelación. Ni siquiera sé qué putas está tocando Hillary Hahn. Tengo la impresión de que la segunda pieza es una cancioncita de Borodin que conocí hace muchos años en un disco de Izaak Perlman. Pero esto, ¿qué es?... Si acaso, un nombre echado junto a una melodía. En cambio, la sensación de una acústica casi imaginaria y la figura de una muchacha grácil convirtiéndose en un guerrero samurai mientras

te acuchilla con su música es algo enorme: algo mucho más grande y conmovedor y al mismo tiempo portátil que cualquier postal o estampa (visual o escrita) del Teatro Colón.

Me doy cuenta de esto en cuanto inicia el intermedio. Así que aprovecho y salgo huyendo a mitad del concierto antes de que todo recomience porque, ¿quién quiere viajar de un hemisferio a otro en busca de un recuerdo para luego arruinar su sabor tratando de indagar qué cosa es este edificio, o peor aún, adulterar el sabor de la acústica pura mezclándolo con una baratija como la quinta de Beethoven?...

2012

1. Pero la misma vieja canción
(*movilidad*)

Decían que las cosas no podrían empeorar, y era cierto: la fortuna que antes te gastabas dando mordidas a los polis del Edomex para que no te secuestraran o desmantelaran tu coche, ahora te la gastas en las casetas de cuota de Periférico y Circuito Bicentenario, o en litros de la carísima gasolina Escudo Verde para uso exclusivo de los automovilistas de Chilangoville, o en el impuesto especial para mantenimiento de ciclovías que nos cargan a quienes entramos a la capital en vehículos con placas u hologramas provincianos. Cada vez pagamos menos corrupción y más impuestos por los mismos pésimos servicios, o sea que México logró civilizarse hasta el extremo de legalizar el hurto.

Hace nueve años que Mónica, nuestro hijo Leonardo y yo no viajábamos en coche al Defectuoso. Durante todo ese tiempo —desde la vez en que la policía de Naucalpan cerró durante horas el acceso al Periférico sin ninguna razón válida, solo para aplicarnos el No Circula y asaltar descaradamente a los automovilistas que pretendíamos alcanzar la salida a Querétaro antes del amanecer—, optamos por trasladarnos en avión o autobús cada que visitamos a la

familia: cuatro primos de Leo, dos hermanos de Mónica y Joaquín, mi suegro.

Esta vez hemos traído el auto porque venimos cargados de chunches: Joaquín está enfermo y decidimos comprarle en Laredo algo de *wearable technology* para hacerle más llevadero el cuidado de su salud.

Aunque cada vez son más los defeños que dejan el auto en casa y usan el transporte público, no habría sido seguro trasladarnos en metro o camión o metrobús cargando estos gadgets: según cifras oficiales, el robo de tecnología personal se ha convertido en el tercer delito más constante que se comete en la ciudad de México. Los sistemas de seguridad se han multiplicado, pero el poder adquisitivo de la policía metropolitana está por debajo del de la clase media, así que la delincuencia organizada utiliza parte de los aditamentos de última generación que hurta para bascular digitalmente a los civiles portadores de equipos, neutralizar cámaras de vigilancia, hackear códigos de patrullaje y generar falsas alarmas mientras ataca en otro punto. El atraco a mano armada en estaciones y vehículos del sistema de transporte público se disparó en las estadísticas durante el último par de años. Meternos al metro con una bolsa de hardware nuevecito al hombro hubiera sido una manera faramallosa de tentar al suicidio.

Por otra parte, viajar en avión para tomar después un taxi nos resultó incosteable: el traslado terrestre del aeropuerto a la Condesa vale dos tercios de lo que gastamos viajando en auto desde nuestra casa en Saltillo, y mi poder adquisitivo se ha reducido, en la última

década, casi a la mitad. Ni cómo quejarnos: en 2018, durante uno de sus últimos actos de gobierno, Enrique Peña Nieto decretó la ilegalidad de los actos vandálicos emprendidos por particulares que dolosamente amenacen la Reforma del Estado, *whatever that means*. Desde entonces, casi todas las marchas y protestas contra la crisis actual acaban en muertos, encarcelados y heridos.

Por eso nos arriesgamos a traer el coche.

Hacemos cerca de una hora de la caseta Tepotzotlán a la puerta del departamento de Diego y Orli, en la Condesa; menos de la mitad de lo que hacíamos diez años atrás en hora pico. Parte de nuestro ahorro de tiempo se basa en que tenemos reservado un parquímetro: Mónica compró y descargó a su iPhone una aplicación (válida solamente para hoy) que actualiza en tiempo real el estado de la circulación, nos advierte desde un helicóptero sobre imprevistos y contratiempos y nos garantiza durante tres horas (elegidas por nosotros de antemano) un sitio donde estacionarnos en un radio de un kilómetro alrededor del domicilio al que nos dirigimos. Es raro decir esto, pero parece que el DF se ha vuelto ligeramente *car-friendly* en la medida en que a la gente ya no le gusta manejar...

Llegamos a casa de mi cuñado. Nos instalamos en el cuarto de visitas. Leonardo apenas y saluda a sus tíos: sin hacer caso a las protestas de Mónica y Orli, saca su *tablet* y se encierra a jugar con sus primos un videojuego *vintage* (¿qué se podría esperar? tiene catorce años): *God of War*, que le recomendó mi amigo el poeta Eduardo de Gortari en un viaje que hicieron él y su esposa a Saltillo.

Diego pregunta si queremos tarjetas de prepago para el transporte público. Mónica dice que sí. A mí me da un poco igual: soy un clasemediero gordo, sedentario, provinciano, cincuentón, hecho pedazos por una bella juventud de alcohol y drogas y embutidos. Así que es difícil moverme. Todas las personas a las que quiero ver en el DF viven a tiro de piedra: entre la Roma y la Escandón. O eso, o están muertas. Salimos a buscar las mentadas tarjetas en los alrededores del metro Chilpancingo. Además de la máquina expendedora oficial, hay puestos alrededor de la boca del metro donde se comercian tarjetas unificadas; sirven lo mismo para el metro que para el metrobús, la renta de bicicletas o el costeo de microbuses, trolebuses, peseros y camiones. La piratería de dichas tarjetas es un negocio próspero en el DF. No solo porque se trata de artefactos que se clonan con facilidad. También porque, desde que algún alma ingenua y bienintencionada decidió subvencionar al ciudadano y no al transporte público, generó sin saberlo un nuevo nicho para el mercado negro. Desde hace cinco años se hacen estudios socioeconómicos y quienes pagan más por el transporte público son, al menos en teoría, quienes ganan más dinero. Quienes ganan menos reciben mensualmente tarjetas subsidiadas a modo de monedero electrónico. El problema es que los desposeídos necesitan más el dinero en efectivo que el servicio de transporte, así que adquieren sus tarjetas baratísimas y se las venden a la clase media con un ínfimo margen de ganancia. Quienes venden sus tarjetas prepagadas acuden al trabajo caminando o en bici, o colándose en el metro, y

prácticamente nunca salen a pasear. Por otro lado, los habitantes de las colonias populares son asaltados con frecuencia en el pesero; lo que los atacantes buscan no son sus billeteras sino sus tarjetas de transporte, altamente cotizadas en el centro y el sureste de la urbe. Abaratar digitalmente el transporte de los pobres solo ha conseguido volver a estos más vulnerables ante la delincuencia. El proyecto de costo equitativo ha sido un desastre, tanto en términos de seguridad como financieros. Poco a poco, los anticuados boletitos de papel con una banda magnética han vuelto a hacer su avergonzada aparición.

No puedes modernizar a una ciudad desentendiéndote de los escrúpulos de quienes la habitan.

2. Un curso intensivo de pasta senil (arte)

La cosa andaba mal. Pero fue el día en que nombraron a Avelina Lésper como directora del INBA cuando todo se terminó de ir a la mierda. Ahora muchos museos mexicanos (incluyendo los más importantes del DF) se parecen más al salón de té de tu tía abuela o al área de recreo de un colegio de señoritas o a un DVD del Louvre editado en los 90 que a verdaderos centros culturales.

Afortunadamente, algunos chilangos tienen otros discursos. Sobre todo en la UNAM, donde gente que ya le pega a los sesenta años –por ejemplo Pacho Paredes– sigue haciendo lo suyo. Las expos de El Chopo son interesantes por su uso de las *apps*, que complementan la información de las obras expuestas y la vinculan lo mismo con el mundo *online* que con el mundo físico; también por

la exploración de mecanismos escultóricos que cambiaron la materia sólida por la virtualidad tridimensional, la estética relacional y el empleo de sonidos.

Sin embargo, casi todos los gestores culturales de esa generación están pensando ya en jubilarse. La mayoría de los directivos y académicos más jóvenes arribaron al poder cultural hace menos de diez años, durante la segunda y sorprendentemente reaccionaria presidencia de Rafael Tovar y de Teresa en el Conaculta. Desde esa época, las salas de exposición que dependen del gobierno federal y del gobierno de la ciudad de México se han vuelto día a día más conservadoras. Quién iba a imaginarse que el PRI y el PRD habrían de ser, respecto al arte, instituciones más mojigatas que el PAN. Incluso su sentido de lo pop continúa infatuado de ochentera bullanga tepiteña o mexicanismo agrícola, y lo único que han conseguido en el transcurso de una década es malgastar el presupuesto, revelar a un puñado de excelentes pintores neofigurativos y traer al país algunas exposiciones extranjeras de gran factura. Exposiciones que, en cualquier caso, yo jamás vería en el DF, donde todas las salas son estrechas y están hasta la madre de gente; prefiero apreciarlas en el –vetusto, pero al menos amplio y cómodo– museo MARCO de Monterrey, a donde invariablemente llegan.

Lo que me interesa del arte chilango sucede en otros ámbitos de la ciudad.

Salgo a las seis de la tarde de nuestra residencia provisional en la calle Iztaccíhuatl. Cruzo el parque México y avanzo, atravesando Nuevo León, hacia Fernando Montes de Oca. Sigo hasta Vasconcelos,

cruzo la avenida arriesgando el pellejo (quince años y nadie le ha puesto mano a este paso peatonal) y ya estoy en territorio *fashion*: la San Miguel Chapultepec, que durante la década del diez se las daba de colonia discreta y elegante y que ahora no es más que una versión pretenciosa (o: *aún más pretenciosa*, si esto cabe) del estilo que tuvo la Condesa a principios de siglo. Conforme me interno en las callecitas, dando la espalda a las verdes rejas que limitan el bosque, descubro un avispero de *smart boutiques*, galerías de arte contemporáneo, *tlacoyo lounges*, fondas oaxaqueñas en cocheras con música tuareg de fondo, salones de té para *videogamers*, cafés de mota, impagables restaurantes de cocina balcánica hiperrealista, karaokes de pop chino, cineclubes de arte radical donde solo se proyectan filmes caseros de principios del siglo XX, o dibujos animados de la Europa del Este, o *costume pornography* tailandesa de los años 90...

Sigo derecho hasta Espacio Negativo, una pequeña y no muy concurrida galería privada cuyo espíritu –siempre experimental pero de algún incierto modo también tradicionalista– comparto. Hoy inauguran una retrospectiva de caligrafía digital interactiva desarrollada por el multipremiado (fuera de México, hay que aclarar) Benjamín Moreno. El autor no pudo asistir: últimamente radica en Estambul, donde sostiene un despacho de poesía transverbal auspiciado por Xiaomi, la empresa china líder mundial en software.

Quien nos recibe es una de las propietarias y curadoras de la galería: Verónica Gerber Bicecci. La anfitriona nos obsequia con cocteles hechos a base de bacanora (hace veintitrés años bebía yo esto en Sonora, sin diluir, en botellas vacías de Coca-Cola; ahora

lo envasan en Estados Unidos –concretamente en San Fernando, California– y nos lo sirven desde contenedores rectangulares de palofierro intervenidos por Mario García Torres). Verónica hace una lectura no elogiosa ni decadente, sino comprensiva de lo que el espectador podría encontrar en la muestra de Benjamín Moreno. Es una crítica y curadora seria. Afortunadamente, no es la única: el DF se distingue porque, a despecho de discursos institucionales y prejuicios engoladamente académicos, uno de los géneros que mejor se ha desarrollado en años recientes –gracias a autores de prosa sencilla y mente compleja como María Minera o la propia Verónica o Luigi Amara y Vivian Abenshushan– es la crítica de arte.

(BTW: esto que bebo no es, aunque vistoso, el mejor bacanora que he probado. Ni con mucho. Aun así, me emborracho enseguida: es un truco que aprendí tras cumplir cincuenta años.)

Soy un viejo gruñón que fue ligeramente célebre durante la pelea pasada, así que algunos chicos (entre ellos dos o tres hermosas náyades arteras) me adoptan como mascota: proponen que sigamos la pachanga. Se supone que en la Kurimanzutto habrá más tragos y está exhibiéndose la obra de Sans Sérif, un graffitero sudanés que caligrafía edificios en ruinas, derriba luego sus placas a golpe de mazo con precisión quirúrgica (lo he visto en bulldogsupersonic.com: le encanta lucir sus músculos desnudos mientras golpea los pobres ladrillos) y exhibe el resultado bajo el vocativo de “escultura en aerosol”.

Digo:

–Sí. Vamos a la Kurimanzutto.

Pero lo hago porque estoy borracho y en el rebaño van tres náyades arteras. No porque me gusten (nunca me han gustado) las catedrales de ninguna índole.

3. Y con qué fin (toda esta dialéctica) (tecnología)

Hoy me puse una camiseta negra que dice en letras blancas: “*I love you when you call me Big Data*”; un meme prodigioso estructurado en el mundo Occidental gracias a una nostalgia ciberdélica. Uso esta última y vieja palabrita con emoción y repugnancia; recientemente ha sido resucitada por los gulags, para quienes el cyberpunk ochentero es la onda, pero cuya verdadera figura de culto ideológico es el pendejo de Orson Scott Card.

Mientras desayunamos en Los Pecados originales (los de Mi-choacán y Ámsterdam) (hay cosas que no cambian), Mónica y yo checamos en su iPhone el índice de toxicidad del aire; la Gráfica de Movilidad Eficiente desde el punto donde estamos hasta la ubicación de cuatro opciones probables de entretenimiento nocturno; el plano turístico de efemérides chilangas para hoy; la propuesta del GDF para caminar durante el día cinco kilómetros y disfrutar de tres funciones escénicas sin salir de la Condesa, con una *app* para relojes de pulsera que te permite calcular –a partir de tu peso, edad y ritmo cardíaco– cuántos segundos extendiste hoy tu vida gracias al ejercicio.

Incluso jugamos un rato con una *app* infantil que descubrimos hace meses, en nuestro viaje anterior: El Mapa Apestoso, un registro

detallado de alcantarillas rotas, violaciones al código sanitario y rutas y horarios de camiones de basura, todo transmitido en tiempo real. La idea es que puedes usarlo como un videojuego de *puzzle* o practicarlo con otros jugadores yendo físicamente a los lugares que se mencionan, como una suerte de juego de rol en donde asumes la personalidad del Jefe de Gobierno, la de un ingeniero encargado de resolver el problema o –caso extremo– la de un ciudadano infractor. El objetivo de la *app* es concientizar a los más pequeños acerca de la urgencia de reducir el consumo, al mismo tiempo que los obligas a entender y justificar las políticas públicas, confrontándolos con decisiones que deben tomarse en una muy reducida ventana de tiempo y a partir de *Big Data* real. Es una forma novedosa de adoctrinamiento: algo un poquito demasiado fascista y mormón, nuevamente a la manera del pendejo de Orson Scott Card. Hay que reconocer, sin embargo, que funciona: a los niños el juego les encanta, y no dudo que alguna de las soluciones propuestas por ellos haya sido implementada por el Gobierno del Distrito Federal. Lástima que ya no me tocó jugar a esto con Leonardo; es demasiado adolescente como para tolerar mis ñoñerías ecológicas.

Solo estamos perdiendo el tiempo. Hoy por la tarde iremos a la Cuauhtémoc, a la casa de mi suegro Joaquín, para regalarle al viejo setentón toda esa *wearable technology* que su nieto Leonardo le escogió en Laredo: una pulsera *metadata* que controla índices de reducción o aumento del estrés, un *stick* transactivo que almacena y entrelaza wikis de derecho patrimonial mexicano mediante una voz robótica (Joaquín fue abogado en su edad laboral), un fotoguante

nominal (Joaquín sufrió una embolia y ha olvidado los nombres de algunos objetos de uso cotidiano), entre otras cosas.

Mientras interactuamos con el *rexpap*, Mónica recibe en su iPhone una videollamada de Andrés Ramírez. Él le pregunta si estoy con ella y le pide que me comunique. Luego de regañarme por enésima vez por mi necesidad de jamás traer conmigo ni siquiera un celularcito Nokia de esos que te regala Banamex como cortesía por usar sus cajeros, mi editor me invita a comer. Acepto. Quedamos para el viernes a las 2 pm en Polanco. Hay cosas que no cambian.

Hace diez años, la gente me notaba más raro que hoy: pensaban que era yo un *freak* por no usar –salvo mi *laptop*– ninguna variedad de tecnología móvil. Ahora, en cambio, no soy sino otro miembro (un veterano) de una exitosa tribu tecnópata: la de los *Failures*. Jamás fui tecnófobo pero me cagan los *gadgets*. Especialmente esos cuya única virtud es que son de última generación y te permiten desplazarte usándolos como una suerte de *exohardware*: complementos anatómicos. No me interesan. Ya lo dije: soy un cincuentón gordo, provinciano y sedentario que sigue atrapado en la era de las laptops. Lo mío, lo que realmente me interesa, es la tecnología decadente.

Por otra parte, mi memoria transactiva está a salvo: siempre hay alguien cerca de mí que porta alguno de estos artilugios capaces de recuperar cualquier dato en tiempo real. Así que, ¿para qué molestarme en comprar uno de esos aparatos, si puedo usar como almacenes de información –como *software* y *hardware*– a las personas que me rodean?... Lo que me interesa no es pilotear el aparato; lo que

me interesa es dictar los elementos de la búsqueda. Paradójicamente, no usar *wearables* y gadgets ultrapersonales me ha dado un raro estatus sobre quienes me rodean. Ellos son mis informantes; yo dicto el tópico de la conversación. Estar rodeado de tecnología sin usarla directamente se ha convertido, en muchos medios, en una nueva forma de poder. Hace años que nadie ha fotografiado a un líder político manipulando una *tablet*; esa es chamba de achichincles.

Lo curioso es que la mayoría de los chicos que entienden estos sistemas más allá de su usabilidad –programadores, *hackers*, masterpiratas, artistas del código– piensan más o menos como yo. Soy un electroanalfabeta pero los miembros de mi tribu me procuran. Por eso tengo, en vez de *gadgets*, Angelbird en mi vieja *lap*: el más poderoso sistema operativo de código abierto. Lo que a los *Failures* nos interesa no es ni el *Big Data* ni lo *wearable* ni *the internet of things*; lo que apreciamos es una tecnología barata, anticuada (eso demuestra su eficiencia) y duradera que nos mantenga informados, nos haga populares en el mundo virtual y –sobre todo– nos dé poder político. Imagínate: los más rudos y sabios entre nosotros siguen usando Linux o Windows 7. Hasta tenemos camisetas: ¡*Windows 7*!... Eso no te da estatus cuando viajas en el metro o te sientas a tomar un café en colonias de moda como la Escandón, pero genera dinero. No importa que vivas en Nezahualcóyotl. Me da pena decirlo, pero los *Failures* somos una suerte de Morlocks para los Eloi de la moda tecnológica: nos alimentamos de su presunción.

4. Materia tóxica (seguridad)

Estoy esperando al Hombre. Ya no lo hago casi nunca: tengo más de cincuenta años y las drogas destruyen. Pero cada seis meses no es tan grave. Ni siquiera a mi edad. El DF es la última ciudad mexicana donde aún se consigue cocaína de primera.

El Hombre me ha citado en un edificio de departamentos de Álvaro Obregón.

—Vengo a ver a Antonio —le digo al agente de seguridad privada que controla el acceso.

El guardia dicta una clave numérica a su radio. Le responden con otra cifra.

—No ha llegado —me dice—. Pero pásale. Es en el cuarto piso.

Antes de permitirme el acceso al ascensor, ordena cortésmente que me quite los anteojos y mire unos segundos a la cámara que hay sobre su cabeza.

Arribo al cuarto piso. En el pasillo, un par de chicos juegan Romanov con *tablets* sincronizadas. Al fondo, una puerta abierta: el Tembeleque.

Un Tembeleque es un casino portátil. El operador renta por unas horas un departamento o un cuarto de hotel e instala algunas bebidas, quizás un poco de mobiliario y a veces hasta una pantalla. Algunos clientes —amigos o conocidos del operador— vienen con sus *minipads*, ya sea por la emoción de compartir la pelea, para tomar un trago, o porque son *old fashion* y prefieren apostar pequeñas cantidades en efectivo. La norma no escrita dice que un Tembeleque

no puede permitirse concentrar más de 50 mil pesos en moneda, así que tienes que ser un verdadero VIP para tener acceso. El grueso de la clientela se conecta desde cualquier punto de la ciudad, apuesta en línea y sigue los eventos por *streaming*. Las peleas pueden ser de perros, de humanos o de cualquier otra clase de animales. Se realizan en diversas zonas de la ciudad o del país (nadie sabe muy bien) y se transmiten en tiempo real por canales que se activan de manera aleatoria. Las claves para acceder a cada evento se publican en forma de memes que francamente yo no sé interpretar. Dicen que el dueño de la empresa es un señor de Iztapaluca. También dicen que una vez al año, desde hace cuatro, se transmite un evento estelar: el torneo nacional de ruleta rusa. Es un rumor. A mí no me ha tocado.

Hay Tembeques por toda la ciudad. No solo sirven para concentrar las apuestas, evitando que el flujo de dinero vaya a una sola cuenta y sea hackeado por Hacienda o por Los Dorados (el cártel que controla la mayoría de los ciberdelitos), sino que operan también como puntos seguros para la venta de droga y tecnología personal robada. También, recientemente (o al menos eso dice la prensa), se han convertido en reductos para contratar sistemas clandestinos de ciberseguridad financiera: lavado de dinero para particulares que operan como pequeños empresarios del sector informal. Según datos del INEGI, las Pymes informales representan el ámbito económico que más ha crecido en el chilango durante el último lustro. Esto se debe a que, lo mismo que hace diez o quince o veinte años, el gobierno ha sido incapaz de generar una reforma fiscal confiable que, en lugar

de seguir gravando a los causantes cautivos, acceda a los ingresos de quienes nunca han pagado.

Un Tembeleque representa la forma más costosa de acercarse a cualquier escenario vinculado a la ilegalidad, pero es también bastante *classy* y sin duda seguro; las policías privadas –la mitad de las cuales están, en el DF, al servicio de la delincuencia organizada– son mucho más confiables que la policía metropolitana. Es curioso el modo en que se han invertido los valores: la autoridad oficial es tan corrupta que funciona como una suerte de mafia demodé y arruinada, mientras que el prestigio de los especialistas en seguridad financiados por los poderes fácticos brinda certeza al ciudadano promedio. Incluso cuando este decide quebrantar la ley.

Lo único sórdido que hallarás en un Tembeleque es lo que puedes ver en las pantallas. Por lo demás, funcionan como las sucursales bancarias de antaño: el trato es distante pero amable, las medidas de seguridad son rígidas y, sin embargo, casi imperceptibles. Nunca ves, por ejemplo, a los hombres armados que vigilan desde la habitación de junto.

No toda la delincuencia que se practica en el DF es tan aséptica. Lo que pasa es que los programas de comunicación social implementados por el GDF han surtido efecto; no por nada la extracción de los últimos dos jefes de gobierno tuvo como fuente el sector policial. El gran proyecto urbano de la última década ha sido, junto a la eficiencia en materia de movilidad, la contención distrital: hay colonias enteras a donde la policía no entra nunca. Lo único que se ha hecho ahí es instalar tecnología, principalmente cámaras

digitales en la calle, para llevar un registro de la incidencia y las circunstancias del crimen. El delito en sí no se combate: se lleva un registro puntual de este, solo para estar en condiciones de manejar a la prensa. No hay prevención. Hay un archivo audiovisual de los eventos que puede manejarse como una suerte de *leverage*.

Se abren las puertas del ascensor. Antonio sale detrás de ellas. Me saluda con familiaridad, me pasa el brazo por los hombros y me conduce al Tembeleque. Los parroquianos —son menos de diez— nos reciben con ademanes vagamente cordiales. Estamos en un *lounge*, una muy relajada reunión de amigos. Antonio me aclara que está promoviendo una nueva mezcla con sabor a durazno. El costo es el mismo. Decido probarla.

Mientras me entrega el producto y me señala una bajita mesa de cristal llena de aditamentos —tarjetas, cucharillas, billetes enrollados— donde puedo probarlo, me siento fugazmente emparedado entre dos pantallas. En una, la que pende del muro, están pasando noticias: sigue sin resolverse la masacre de catorce jubilados que tuvo lugar hace cuatro días en el hogar de ancianos Sagredo, cerca de la estación Barranca del Muerto; una de las líneas de investigación es que los ejecutados venían administrando desde tiempo atrás una red de narcomenudeo. La otra pantalla está junto a mí: es el *minipad* de uno de los apostadores. No estoy seguro, pero tengo la impresión de que lo que se muestra en ella es un hombre sosteniendo un revólver contra su sien derecha.

5. Y bailan tibiri tabara (*vida cotidiana*)

Mis amigos me hacen burla porque los cito en la Condesa. Ya ni siquiera quienes viven por el rumbo quieren tomarse un Illy conmigo frente al parque México. El único que me hace segunda es Luis Felipe, y eso porque vive en la planta alta del café al que vamos. Todo es culpa de los gulags; arruinaron mi barrio favorito.

Pensábamos que ninguna tribu urbana podría ser peor que los hipsters. Es obvio que, como de costumbre, estábamos equivocados. Los gulags se distinguen por ser jovencísimos, llevar barbas a la moda del siglo XIX y usar siempre algún tipo de anticuado atuendo militar. También son fans de las pajaritas, los Stetson de ala corta, los bastones de madera. Son herederos de cierta encantadora derecha intelectual que a principios de siglo rehabilitó a unos cuantos pensadores alemanes de valía. Pero, como sucede con todo pensamiento que está más interesado por la provocación que por el trasfondo, la frivolidad inteligente desembocó en una llana estupidez: lo que antes fuera actitud política no es ahora más que moda masiva e ignorante. Uno de sus rasgos más obvios es el negacionismo: del Holocausto, del sida, incluso de los derechos humanos. Porfirio Díaz es uno de sus íconos. Hasta su música es de hueva: Kurt Weil pasado por agua y electrochanson depresiva y cursi, un poco a lo Mano Solo o —no sé qué será peor— a lo Joaquín Sabina, pero mezclado con pose católica.

Lo mejor del espíritu clasemediero chilango ha migrado a dos sectores: el centro histórico y la colonia Escandón. Es cierto que los viejos preferimos cada vez más el centro, tranquilo y un poco sucio,

y siempre susceptible de nostalgias, aunque a la vez re-elaborado tras la asepsia vagamente clínica (y sin duda racista) de extirpar de él todo lo que antes lo afeaba: desde pregoneros hasta puestitos en canasta. La Escandón, por su parte, se ha vuelto un hervidero de energía en proceso de maduración. En sus fondas, cineclubes y pequeñas librerías se fortalece la generación de los nacidos en los 90, uno de los sectores más creativos e inteligentes que el DF le ha dado a México. Hay una mezcla afortunada en el espíritu que prevalece entre ellos: por una parte, tienen toda esa onda de cultura mexicana más o menos escéptica, bien enterada y cínica que heredaron del estilo Coyoacán. Por otra, son mucho más barrio, poseen un extraordinario sentimiento del goce y su erudición pop es envidiable.

Nos citamos, pues, en una cantina de la Escandón. Somos diez o doce; se me acaba el viaje, así que tengo que reunir en un solo sitio a más amigos de los que quisiera. La mayoría son de mi edad: tienen entre cincuenta y sesenta años. Algunos –Iván y Feli, por ejemplo– son menores de cuarenta. Lo primero que pienso, mientras nos saludamos con un abrazo, nos sentamos y ordenamos la primera cerveza, es que ninguno de ellos tiene hijos. Además, al menos la mitad viven solos. Yo en cambio ya soy abuelo, tengo un hijo adolescente y suelo irme a la cama antes de medianoche. Casi siempre. Menos hoy.

Quizás el éxito cultural y político de la clase media ilustrada chilanga se deba, al menos en parte, al hecho de que son un sector minoritario y soltero. La gente cesó dramáticamente de tener hijos, sobre todo en las grandes capitales del mundo, y este hecho, aunado

a la migración, ha generado un fenómeno curioso: por primera vez en la historia desde tiempos de la Revolución Mexicana, el último censo de población mostró una cifra decreciente de habitantes en el Distrito Federal. Abunda algo que los especialistas llaman “familias unipersonales”. Pero esto, que es una especie de bono sociológico para los treintañeros (el DF posee a la clase media más participativa y con mejores estándares de vida de todo México) está volviéndose algo dramático para quienes son diez años mayores que yo, y que fueron pioneros en esta tendencia hacia la soltería recalcitrante. Después de los sesenta, no debe ser fácil vivir perfectamente solo en un departamento del quinto piso.

Después de unos tequilas, ya caída la tarde, el Feli nos sugiere mudarnos de lugar. Nos cuenta que han abierto recién un sitio en la Doctores cuyo nombre me enamora de inmediato: Los Hijos de Medea. Es, al parecer, un antro donde se superponen dos tendencias: la nueva escuela de hip hop y *spoken word* chilanga, cuya madurez tardó añales en llegar, pero llegó por fin; y una orquesta nocturna que toca desde Esquivel hasta son cubano. Esta clase de DF mestizo es el que más amo, el que no quiero que cambie jamás.

La mayoría de los adultos mayores que estaban en nuestra mesa se despiden. Como de costumbre, soy el más viejo de quienes vamos a Los Hijos de Medea. Me gusta cómo está quedándoles la Doctores; no del todo pacífica, sucia en su vejez, pero mucho menos insegura que hace diez años. Estos proyectos de rescate urbano autogenerados por los jóvenes mediante la instalación de negocios y la celebración de eventos públicos es otro rasgo capitalino que aprecio.

El hip hop del lugar no es malo, pero tampoco me enloquece. La orquesta, en cambio, es excelsa. Mis compañeros de mesa han encontrado a un montón de amigos y amigas en el bar. Todos bailan. Yo no puedo: me duele la rodilla, y además siempre me he sentido torpe bailando en el DF. No es que estos cabrones bailen bien, es que lo hacen con una alegría y una desfachatez que me inhibe. Esa es otra cosa que nunca va a cambiar: la cachonda alegría chilanga.

Ni así pasen veinte años.

Nunca.

2013

1

Esto no tendría sentido si no fuera, antes que todo y por encima de todo, un evento sentimental: es intrascendente (re)conocer una ciudad si no logras, durante el viaje, enamorarte de algo o de alguien que está vivo.

Para nosotros, el imperativo retórico de compartimentar desembocó en una necesidad humana de compartir. Primero, a nuestras familias: la mía nos acompañó durante el viaje, la de Laurent fue referencia obligada en cada charla. También nos unió ese territorio de la infancia al que es fácil volver juntos aunque lo hayamos adquirido en lugares, épocas e idiomas diferentes: la pulsión estética. Desde ese mismo ángulo, el matrimonio formado por el cineasta Martí Torrens y la promotora y traductora Hélene Meunier fue imprescindible para nuestra comunicación (tanto emotiva como lingüística: Laurent no habla español y yo no hablo francés y el inglés de ambos es más o menos lamentable); gracias a esta pareja, nuestra percepción de la capital mexicana se aproximó a uno de esos descubrimientos tan caros a la Generación Perdida, para cuyos miembros era inconcebible la experiencia cosmopolita si no iba acompañada de erotismo, multiculturalismo, nostalgia

política, la fundación de una nueva amistad, el consumo cómplice de sustancias intoxicantes y/o el emprendimiento de aventuras absurdas. Otra adquisición de nuestra improvisada pandilla fugazmente chilanga fue Massimo (a quien rebautizamos como Dottor Fetus), un fotógrafo italiano cuyo departamento, situado en un burgués edificio sobre Paseo de la Reforma, se volvió domicilio de algunas de las actividades más anarquistas que practicamos a lo largo de una semana. También estuvo con nosotros Arturo, el taxista que Laurent conoció hace más de un año, cuando vino de vacaciones al DF con su familia. Sin él y sus buenos oficios, jamás nos habríamos aproximado a Tepito o Ciudad Satélite o La Merced o Santa Fe por lo que tienen de realidad. Arturo nos llevó a los rincones menos uniformes de estos territorios (una iglesia católica recién asaltada, el hirsuto barranco santafesino lleno de picos de acero y botes de basura y tremendos riesgos para la seguridad de los albañiles que alguna constructora multimillonaria ocultó inocentemente detrás de un espectacular que publicitaba al mismo tiempo a la revista *Forbes* y a una marca de *single malt*), pero también nos mostró en su celular fotografías aéreas que representan la principal herramienta de conocimiento para acceder, desde la imaginación y la memoria del vulgo, a las mitificadas zonas que habita hoy la alta burguesía mexicana.

Pero la vivencia más radical y fraterna fue nuestro propio encuentro. Laurent Portejoie es un arquitecto francés cincuentón y de provincia; nació y vive en Bordeaux. Yo soy un escritor que está a punto de cumplir 44 años y posee (o al menos poseía hasta

hace poco) el clásico resentimiento chauvinista contra el DF que nos une a casi todos los habitantes del norte de México. Desde hace unas semanas, Laurent es en mi vida, más que cualquier otra cosa, un amigo. Son muchas las circunstancias que hicieron afortunado nuestro viaje a la ciudad de México. Creo que la principal de ellas fue la incomunicación.

Al principio no podíamos conversar sin alguien que nos tradujera, pero muy pronto (y habida cuenta de que pasábamos todo el día juntos y sin otra compañía que la mutua, como chicos de pueblo aislados en un colegio suburbano para internos que era al mismo tiempo la ciudad más poblada del mundo) Laurent y yo debimos inventar un lenguaje común –una suerte de frañol acompañado de mímica, onomatopeyas, dibujos, canciones y algunos litros de cerveza– para hablar no solamente de nuestra experiencia conjunta al recorrer, a pie y en automóvil, varias de las fronteras que unen/separan a la ciudad de México, sino también para explicarnos mutuamente cualquier otra experiencia humana. Y ya se sabe: la amistad que se genera entre dos personas que tienen que inventar un idioma común para sobrevivir al caos es indestructible. Por eso afirmo que nuestro enfoque al recorrer y (d)escribir juntos la ciudad de México, más que una experiencia intelectual o política, fue una praxis filosófica: la fundación de una utopía posturbana basada en la complicidad y la invención de un lenguaje privado; una utopía que explora las posibilidades posthistóricas de la fraternidad. Esto, que tal vez suene a cursilería escolar y provinciana, es desde mi

punto de vista una propuesta concreta para diseñar –lingüística y arquitectónicamente– un futuro alternativo en las grandes ciudades.

2

La tarde de nuestro primer encuentro, Laurent y yo llegamos a una serie de acuerdos muy concretos, muy profesionales. A ambos nos interesaba leer la ciudad de México a través del lenguaje de las ruinas (que aquí está presente en cientos de sentidos: la destrucción que las raíces de los árboles hacen en las banquetas, el abandono y deterioro de las casas porfirianas, los montones de terrenos baldíos o palimpsestos arquitectónicos que generó el terremoto de 1985; y, por supuesto, las ruinas de las antiguas ciudades prehispánicas, que te salen al encuentro desde cualquier rincón). Otro tema que compartimos fue la noción de frontera: yo vivo a dos horas y media de Texas, límite entre México y Estado Unidos, y Laurent concibe las diferencias entre México y Francia a contraluz de los parámetros binacionales... Decidimos iniciar nuestro recorrido de la ciudad partiendo de estas dos metáforas, pero poniendo la idea de *frontera* por encima de todo lo demás.

Laurent me informó que, justo antes de salir de Francia, había comprado una cámara polaroid. Quería que su registro visual de la ciudad de México tuviera un componente específico, algo que no había utilizado antes en su vida de arquitecto. Aquí hay que decir que, a mi juicio, Laurent Portejoie es un artista excepcional: no solo entiende su oficio como algo situado en el tiempo y el espacio, sino

que hace de él una práctica sensorial y cotidiana, con una marcada inclinación existencialista. Rara vez lo vi dibujar durante los días que pasamos juntos. En cambio, grabó un montón de audios: la distribución del sonido en el espacio es uno de los aspectos que determinan su enfoque arquitectónico. Muchas veces –por ejemplo en La Merced o Tepito– su participación de la experiencia sonora no fue placentera sino todo lo contrario: noté que algo pasaba, lo cuestioné y me explicó que tiene problemas de audición en uno de sus flancos. Me emocioné al notar que mi amigo, igual que algunos de los creadores que más admiro, enfoca su arte no desde el punto de vista de las habilidades, sino desde sus carencias.

Como nos habían hospedado en un lindo hotel de la San Rafael, se nos ocurrió que la primera frontera que debíamos cruzar era Ribera de San Cosme: la avenida que separaba nuestro hogar provisional de la colonia Santa María La Ribera.

En la Santa María hicimos un descubrimiento que cuadró muy bien con el espíritu de nuestra exploración. Detrás de una clasemediera fachada porfirista, Laurent notó que la mayor parte del cuerpo arquitectónico había desaparecido: lo que podía atisbarse al otro lado, a través de una rendija en la puerta principal, era un pequeño campo de fútbol con césped artificial donde dos equipos de niños de unos nueve o diez años corrían fascinados detrás de un balón. La stampa venía muy a cuento, porque justo estábamos en medio del mundial de fútbol 2014, y la tarde anterior –la de nuestro primer encuentro– la selección francesa había goleado a la de Suiza desde las pantallas de la cantina donde realizamos nuestra primera

reunión de trabajo. Recordé una frase de Žižek, el filósofo esloveno: “El inconsciente está expuesto”. O: la verdadera ciudad es el cociente que divide una fachada de lo que ves detrás de ella a través de una rendija.

Frente a un lote baldío al lado del museo de mineralogía de la UNAM, intenté explicar a Laurent, en mi mocho lenguaje, lo que el terremoto de 1985 significó para los mexicanos: no solamente una experiencia traumática, sino también el despertar (al menos para mi generación) a la vida política; a un sentido nuevo de pertenencia a la sociedad. No sé si por nostalgia o por falta de recursos de lenguaje, terminé llorando al pensar en el gran fracaso político en el que desembocó tal proceso: la elección de Vicente Fox en el año 2000. En ese momento, Laurent extrajo de su mariconera la cámara polaroid que había traído desde Francia y tomó la primera imagen de nuestro proyecto: un chillón retrato mío con un lote baldío como fondo.

A partir de entonces, los disparos de polaroid (hizo también algunas fotos digitales por mera diversión, pero desde el principio noté que estas no formarían parte de nuestro proyecto) eran a un mismo tiempo precisos y completamente irracionales: nunca se trató de registrar momentos visualmente definitivos, sino emotivamente relevantes. Algo en este proceso me recordó el trabajo de artistas conceptuales como Mario García Torres y –sobre todo– Sol Lewitt. Una frase de este último describe con elocuencia la manera en que trabaja la mente de Laurent: “*Conceptual artists are mystics rather than rationalists. They leap to conclusions that logic cannot reach*”. Uno de los momentos más plenos de este enfoque fue una polaroid

que hizo desde el piso 14 del edificio de Massimo en Paseo de la Reforma la tarde en que la selección mexicana derrotó a Croacia en el mundial de fut: es una foto de las huestes panboleras caminando hasta el Ángel de la Independencia con absoluto ánimo celebratorio. Esta noción no se transmite visualmente —la distancia y la calidad de la polaroid lo impiden—, pero lo que Laurent intentaba era otra cosa: registrar lo que después bautizamos entre ambos como “la frontera vertical”: los límites físicos/sociales/políticos entre quienes recorren el DF a ras de suelo y quienes lo viven desde las alturas de los condominios.

Fueron muchas las fronteras que visitamos: la que divide a la condesa de la San Miguel Chapultepec, con su interesante pero más o menos fallido proyecto de espacios residuales; la frontera casi inexistente entre Condesa y Roma; la que separa la Roma de la Doctores, cuyo rasgo principal es la diferencia de intensidad en el alumbrado público; la que separa al Santa Fe de los automovilistas burgueses del Santa Fe de los trabajadores pueblerinos y peatones. También marcamos nuestras propias fronteras haciendo recorridos imposibles en automóvil: ir de la colmena utópica diseñada en Satélite por Barragán hasta el mercado de Sonora, por ejemplo, donde aves y otros animales viven hacinados en jaulas que son la metáfora más inaudita de las peores casas de interés social. Vimos Tlatelolco como sitio histórico y como espacio pragmático, y notamos este *gap*: es imposible visitar el territorio sin sentir el impacto emocional, la impotencia acumulada de la historia de la masacre de estudiantes de 1968; pero también es imposible encontrar un bar ahí donde

desquitarse, sentarse a beber una cerveza que ayude a pasar el trago amargo. Hay que cruzar la avenida Flores Magón e internarse en la “peligrosa” colonia Guerrero. Y eso hicimos: terminamos en una pulquería, bailando salsa con los decrepitos parroquianos del barrio de junto.



Sería largo detallar los diversos enfoques literarios y arquitectónicos que arrojó nuestro proyecto, pero me gustaría enumerar aquí, someramente, los dos que considero principales.

El primero consiste en una lectura tópica. El establecimiento de una mapa imaginario que describa las fronteras geográficas, metafóricas y míticas que actualmente segmentan a la ciudad de México, convirtiéndola en una suerte de enciclopedia de polis: estilos y aficiones diversas que se definen a sí mismas más por lo que las diferencia que por aquello que las une.

El segundo trazo, superpuesto al anterior, sería no un mapa sino un *performance*: una hoja de ruta. El proyecto de establecer a la amistad como un criterio de búsqueda de confluencias entre distintos mecanismos para describir, (re)construir y/o recorrer el Distrito Federal. La línea de intersección de ambos proyectos podría ser el lenguaje: no necesariamente en lo que tiene este de coincidencia(s), sino también tomando en cuenta aquello que lo vuelve diferente o específico del español estandarizado: los lenguajes juveniles o muy adultos, por ejemplo, pero también el uso de idiomas distintos al

español, el lenguaje “de la efe” u otras idiomas personales o inventados (por ejemplo: la coincidencia en el uso de lenguajes computacionales entre personas de barrios chilangos muy distantes entre sí), e incluso el lenguaje especializado de determinadas profesiones y/o aficiones (la medicina, la música electrónica).

Se trata de una idea que aún no tenemos definida Laurent y yo: es apenas un *work in progress*.

Lo que sí es real, en medio de ideas apenas esbozadas, es nuestro viaje, nuestras anécdotas (de las cuales he contado muy pocas) y esta bella colección de polaroids. Y también, por supuesto, nuestra amistad: un concreto cambio emocional en la vida de dos personas. Una amistad que jamás habría existido si no fuera por la (dicen que inhóspita, pero para nosotros entrañable) ciudad de México.

2014

ACAPULCO ES UN LUGAR QUE ESTÁ EN MI CUERPO

Salí de Saltillo el domingo 21 de octubre. Luego de una escala en el aeropuerto Benito Juárez, volé a Ciudad Obregón y permanecí doce horas allá. El lunes volví al DF. Pasé la noche esperando a que el huracán Raymond se desvaneciera en el Pacífico. Mi plan era continuar hasta Acapulco para impartir un curso, presentar por última vez *Canción de tumba* y departir someramente con los fantasmas de mi padre y de mi madre.

Raymond comenzó a degradarse el martes. Mi avión despegó cerca de las 3 pm. No eran ni las cuatro cuando descendíamos “sobre nuestro destino” –informó el piloto. De pronto la aeronave volvió a elevarse: había visibilidad de una milla, y era necesaria al menos milla y media para un aterrizaje seguro. Fuimos turnados al aeropuerto de León, donde se descubrió que el aparato en que viajábamos presentaba una falla. Hicimos seis horas de espera antes de reemprender la marcha. No pude llegar al puerto en que nací sino hasta las primeras horas del miércoles. Supongo que sobrevolar con poca visibilidad el destino es una de esas cosas que le suceden a cualquiera.

Lo primero que hallé al subir al taxi, bajo la oscuridad y la llovizna, fue una ciudad que no conozco. El Acapulco de mi infancia terminaba entre Puerto Marqués, Pie de la Cuesta y Las Cruces.

Mi único recuerdo de Punta Diamante es un cinedocumental que alababa el extraordinario esfuerzo del gobierno de Ruiz Massieu por realizar un proyecto que sin lugar a dudas devolvería a Acapulco el estatus mundial que tuvo en los años cincuenta. (No me miren a mí: eso decía el locutor del cinedocumental amparado en la músiquita dinámica y tonta que estuvo tan de moda en tiempos de Salinas de Gortari –y que, visto lo visto, podría volver a ponerse de moda en cualquier momento.)

Cinco días más tarde, cuando el poeta Raciél Quirino me llevaba de regreso al aeropuerto, le eché un segundo vistazo al rumbo, ahora bajo la luz del día. Raciél dijo, con un ademán de amargura resignada: “Todo esto se inundó”. Entendí sus palabras como si las escuchara a través de una pantalla de plasma. Los almacenes y malls y boutiques que flanqueaban la avenida parecían un poco tristes, mas no por eso carecían de turistas rojizos y ensopados en sudor buscando traducir su elocuencia consumista al lenguaje de la playa. De los deslaves, de los cadáveres, de los viajeros damnificados, de la gente saqueando tiendas departamentales mientras el agua podrida les llegaba a la cintura, de la tragedia sucedida poco más de un mes atrás, no quedaba sino la cobertura de los medios. El verdadero desastre natural que aqueja a Acapulco no es ningún huracán: es su condición de viejo y terco boxeador capaz de asimilar en un solo asalto hasta diez ganchos al hígado.

Durante los cinco días que pasé en la ciudad fui exonerado casi por completo de contemplar las ruinas que dejó el meteoro Manuel. Las vías rápidas no solo cumplen la función de trasladarlo

a uno: también sirven como escenografía bien pavimentada para ocultar a los ojos del viajero las dimensiones reales de la destrucción que aqueja por todos lados a México. Aquí nos tocó vivir, así que construimos ejes y distribuidores viales con tal de estar *aquí* el menor tiempo posible. Pude haber elegido, Laura Bozzo *style*, pedir a mis anfitriones que me llevaran al lugar de los hechos: practicar un poco de turismo *ubi sunt*. No lo hice: prefiero ser cínico que hipócrita. Mi amiga Citlali Guerrero me invitó a su pueblo a emborracharme. Y, si se trata de tomar la parte por el todo, yo me quedaré noventa y ocho de cien veces con la bahía tal y como se ve, de noche, desde el hotel Presidente. Yo me largué de Acapulco para poder contemplarlo con el frívolo embeleso con que lo gozan ustedes.

Me hospedaron en uno de esos fabulosos hoteles *vintage*: Elcano. Pasé miércoles y jueves jugando al turismo seguro; por la mañana daba una charla, por la tarde iba a la alberca o bebía whisky en mi balcón, por la noche bajaba hasta la playa y cantaba *a capella* boleros o baladas setenteras en compañía de poetas quince años más talentosos que yo. El jueves ya tarde pasó a saludar Jeremías Marquines. Lo noté discretísimo: apenas probó su trago. Se nota que, aunque a distancia, hemos envejecido juntos. Jeremías nos invitó –a Jorge Humberto Chávez, a David Ojeda, a Pedro Serrano, a Jordi Virallonga y a mí– a comer en un restaurancito tradicional situado a media cuadra del zócalo, muy cerca del Bar del Puerto. Nos prometió dos exquisiteces: el caldo prau-prau y los morritos.

Al día siguiente salimos del hotel a la una de la tarde. Cualquier otro viernes, el trayecto hasta el zócalo nos habría tomado unos

veinte minutos. Pero aquella era una ocasión especial: un grupo de damnificados (“los del empleo temporal”, los llamó Citlali) había cerrado la costera como mecanismo de presión a favor de sus demandas. Según entendí, el problema era este: Enrique Peña Nieto en persona les había prometido un salario semanal a partir del momento mismo de su desgracia; dicho salario –cuya suma total asciende a varios millones de pesos– se englobaría en un presupuesto especial bajo el rubro de “empleo temporal”. Cinco semanas después de realizado el anuncio, los damnificados seguían sin ver un peso; enfurecieron y salieron a manifestarse a las calles. La especulación de quienes viajábamos esa tarde en un taxi entre el infernal tráfico acapulqueño contemplaba tres opciones: a).- El presidente prometió un recurso del que el gobierno federal carece; b).- El presidente no tiene muy claro el concepto de “emergencia nacional”; o c).- El recurso llegó pero los funcionarios locales retardan su entrega con la intención de jinetearlo primero y darle después un buen mordisco. El verdadero desastre que aqueja a Acapulco no es ningún huracán: es la clase política mexicana.

Tras encallar durante media hora sobre la calle Baja California (Raciel salió del auto y fue al Oxxo por unas chelas; Jorge Humberto amenazó con recitar de memoria “La autopista del sur”), abandonamos el taxi, caminamos algunas cuadras y abordamos un segundo vehículo. El recorrido nos tomó, en total, poco más de dos horas. Cuando al fin llegamos al restaurancito aledaño al zócalo, ya todos nuestros colegas habían comido; algunos estaban despidiéndose. Al menos el caldo prau-prau y los morritos resultaron tan buenos como Marquines prometió.

(Estoy de acuerdo con quienes menosprecian las marchas y el cierre de vialidades como forma de protesta: no solo se trata de ciudadanos afectando a ciudadanos sino que —especialmente en el DF— es una práctica gastada, con escaso efecto concreto sobre la política institucional. Sin embargo, sigue pareciéndome una metáfora genial, una *performance* perpetua: cerrar la costera Miguel Alemán en Acapulco es una escenificación que actualiza el ritmo y el sentido de la movilidad social mexicana. El embotellamiento es nuestra política profunda. Y es, también, la única manera de que un turista note —así sea vagamente— los efectos del desastre nacional más allá de una nota de prensa.)

Decidí prematuramente que mi *tour* terminaba ahí: pasaría el fin de semana durmiendo y viendo AXN en la televisión por cable. No sabía —otra vez— que me estaba metiendo con el México bronco.

El sábado a mediodía fui alcanzado en la calle por el poeta guerrerense Antonio Salinas. Me invitó una cerveza. Con él estaban algunos de los asistentes al curso que impartí. ¿Por qué no?, pensé. Fuimos a La Chopería, ahí nomás cruzando la costera. Entre los amigos se encontraba Alfonso Pérez Vicente, un escritor de mi edad que se decidió tardíamente por la literatura. Conversamos un rato. Nos caímos bien. En algún momento, se me ocurrió hablar de mi barrio: el callejón Mal Paso, la zona de tolerancia, el prostíbulo La Huerta... Al principio, Poncho fue precavido; no estaba muy seguro de con quién estaba hablando. De pronto, luego de un silencio, dijo: “Yo también soy de ese barrio —y preguntó—: ¿te acuerdas del *Shilinsky*?... Es mi hermano”.

No calculé que la fortuna iba a venir a atropellarme hasta la seguridad del hotel Elcano, hasta la comodidad de un bar en la avenida costera; frente a mí estaba sentado un hombre de mi edad al que no recordaba, pero con quien seguramente compartí anécdotas infantiles espléndidas que ya no existen en la memoria de nadie. A quien sí recordaba, sin embargo, es a su medio hermano (en Acapulco todos somos medios hermanos): Manuel *El Shilinsky*, uno de los pocos amigos que tuve en mi fugaz paso adolescente por el puerto.

Ya no recuerdo quién de los dos dijo: “Vamos”. El caso es que acabamos trepándonos al bocho de Toño y visitando a mi viejo amigo (Manuel y yo nos reconocimos enseguida; me dijo, sin aspavientos: “¿Cómo estás, *Tacua*?” y me extendió una caguama abierta), y comiendo milanesa de cerdo en una fondita perdida, y bebiendo cerveza quemada en una cantina de la zona de tolerancia, y espiondo por una rendija el parqueadero de autobuses en que se convirtieron los terrenos de La Huerta, y rastreando en un muro el sitio exacto, al fondo de la casa del *Shilinsky*, donde alguna vez, hace décadas, existió una puerta secreta para pasar de la casa del administrador al patio del prostíbulo.

Hicimos la última parada en casa de doña Ricarda, la señora tuerta que fue mi nana cuando yo era niño y mi madre se iba a trabajar a los puteros.

Tocamos a la puerta. La mujer abrió; lucía anciana pero con el cabello negro aún. Le dije: “Soy yo, doña Ricarda. *Cacho*.” Me miró un rato con su único ojo. Dijo: “¿Y hasta ahorita vienes?” Añadió: “Y mira pues cómo vienes, chamaco cabrón”.

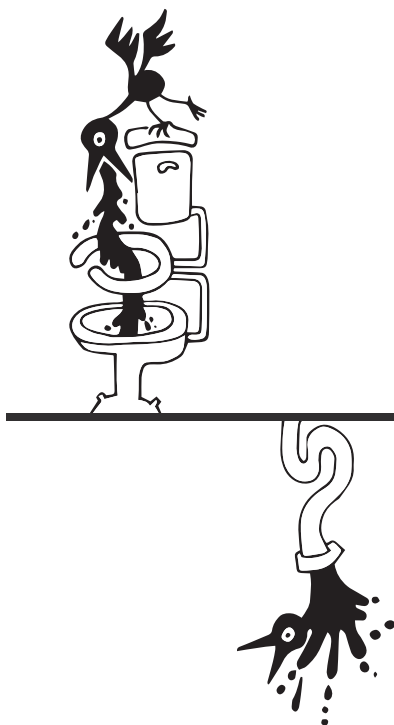
Ese fue el huracán que me tocó.

Por la noche presentamos *Canción de tumba* en el Centro Cultural y vino mucha gente y terminamos bailando al son de una banda de hip hop cuya baterista me pareció extraordinaria y cuyo bajista era una nulidad. Yo estaba, otra vez, hecho pedazos. Lo noté con claridad al día siguiente: amanecí con la piel del torso cubierta de ronchas rojas que me picaban y ardían tanto que ni siquiera podía recostarme; sentía las sábanas como lajas afiladas. Alguien dijo: “Ha de ser algo que comiste”. Pero no. Tengo experiencia suficiente como para saber que nunca podré salir intacto de ese sitio. Acapulco es un lugar que está en mi cuerpo: uno de esos padres anticuados que no saben acariciar a sus hijos más que cruzándoles el rostro con una fusta.

2013

VOMITAR ENCIMA DE PERSONAS ILUSTRES

1.



- 11 Vomitar encima de personas ilustres
- 14 Mi mamá me mina
- 18 Novedad de la nieve
- 22 Estado civil: mentiroso
- 27 Mujeres / joyas
- 31 Historia y evolución de las ideas fijas
- 37 Todas son mías
- 44 El borracho que se cree invisible

INTERMEDIO

8 FÁBULAS



- 51 Trabalegábalo blanco
- 53 Hada de la estrella azul
- 55 Árbol del cuche
- 57 Un chango existencialista
- 58 Toro PHD
- 60 El divino Mario
- 62 *On a diet*
- 64 John Wayne en el jardín del bien
y del mal

2 LAS CIUDADES DESTRUYEN LAS COSTUMBRES ←



- 69 *Who can it be now?*
- 75 *Vendrá la música y tendrá tus ojos*
- 82 *DF 2023*
- 102 *Polaroids borderline*
- 111 *Acapulco es un lugar que está en mi cuerpo*

IMPRESO EN NOVIEMBRE DE 2014
POR QUINTANILLA EDICIONES
CON UN TRAJE DE 999 EJEMPLARES

ARTES VISUALES **EFÍMERO**
COAHUILA LITERATURA

ARTE DE PORTADAS

Adair Vigil

Carlos Vielma

Daniel Alcalá

Daniela Elidett

Ignacio Valdez

José Luis Landet

Larissa Escobedo

Lillette Jamieson

Vinicio Fabila

COORDINACIÓN

Olga Margarita Dávila

Miguel Gaona



1 JOSÉ LUIS EFÍMERO COAHUILA LANDET

MÉXICO
GOBIERNO DE LA NACIÓN



CONACULTA

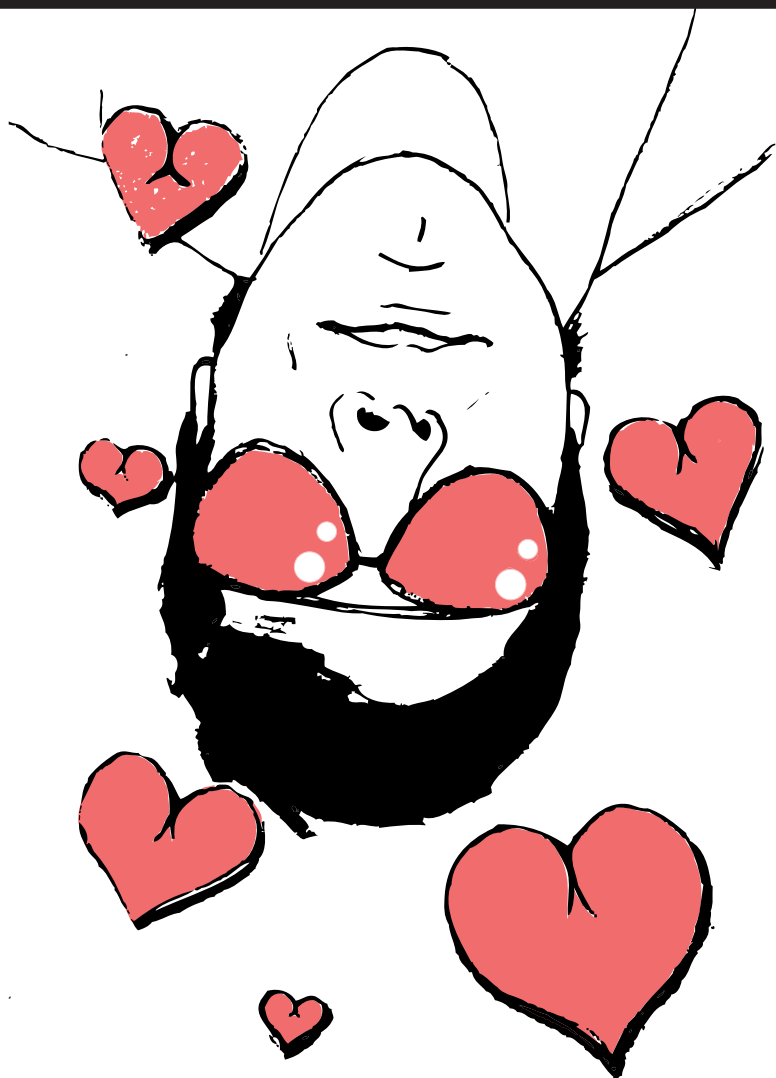


Gobierno de
Coahuila

Una nueva forma
de gobernar



SEC
Secretaría de Cultura



Todas son mías

2 ADAIR EFÍMERO
COAHUILA VIGIL

MÉXICO
GOBIERNO DE LA ENTIDAD



Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC
Secretaría de Cultura



3 CARLOS EFÍMERO
COAHUILA VIELMA

MÉXICO
CONSTITUCIÓN DE LA FEDERACIÓN



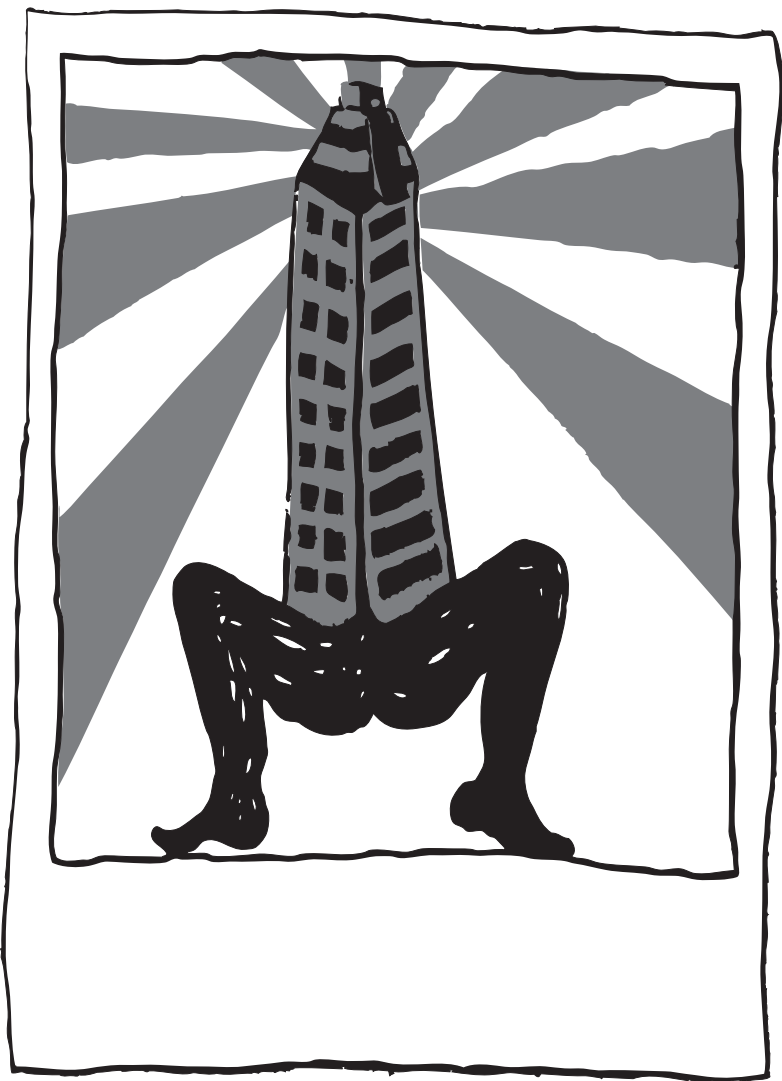
Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC
Secretaría de Cultura



4 **LARISSA EFÍMERO**
COAHUILA ESCOBEDO

MÉXICO
CONSTITUCIÓN DE LA FEDERACIÓN



Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC

Secretaría de Cultura



5 **IGNACIO EFÍMERO**
COAHUILA VALDEZ

MÉXICO
CONSTITUCIÓN DE LA FEDERACIÓN



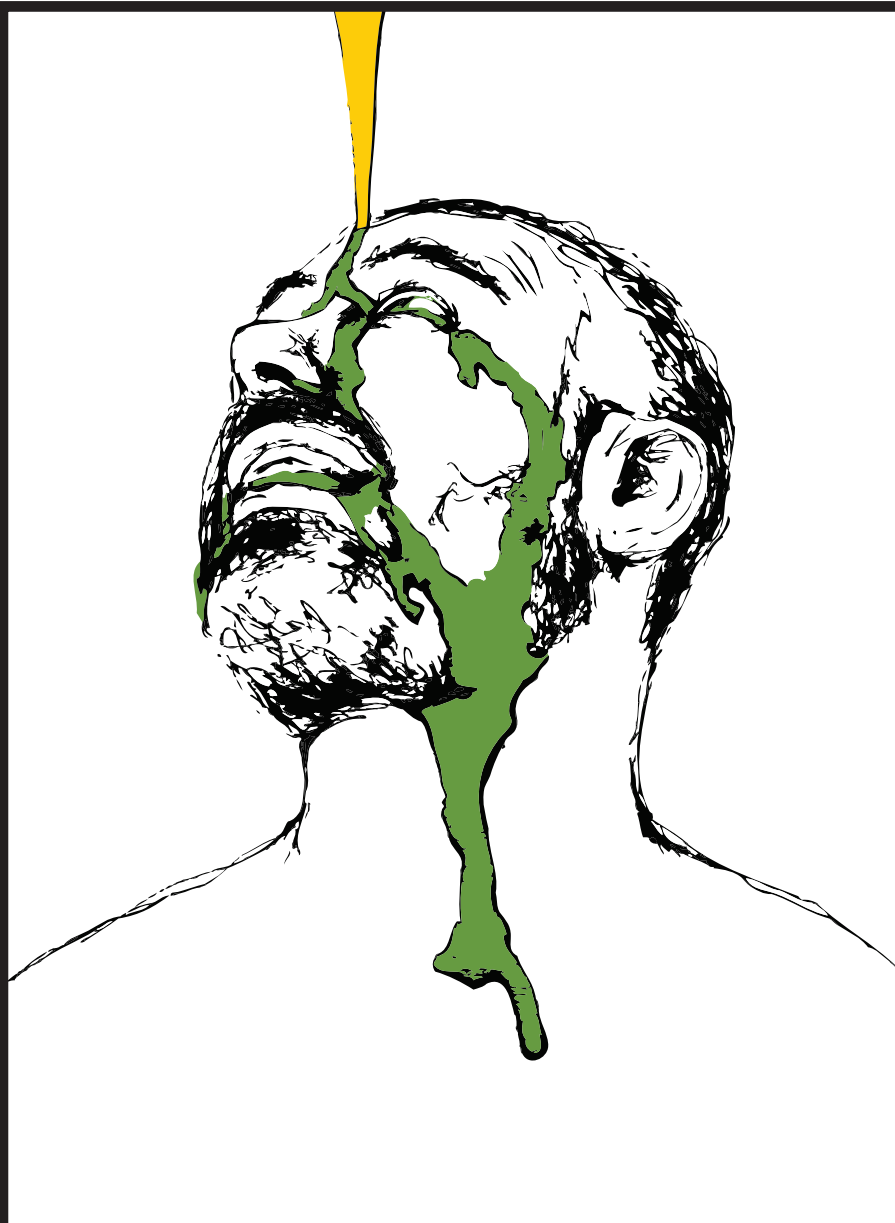
Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC
Secretaría de Cultura



6 DANIELA EFÍMERO
COAHUILA ELIDETT

MÉXICO
GOBIERNO DE LA ENTIDAD



Gobierno de
Coahuila

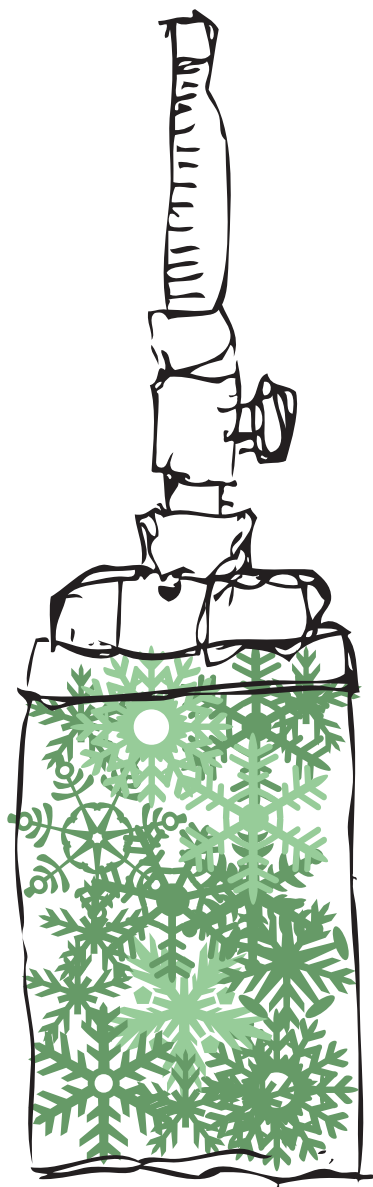


CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC

Secretaría de Cultura



7 VINICIO EFÍMERO COAHUILA FABILA

MÉXICO
GOBIERNO DE LA ENTIDAD



Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC
Secretaría de Cultura



8 LILETTE EFÍMERO
COAHUILA JAMIESON

MÉXICO
CONSTITUCIÓN DE LA FEDERACIÓN



Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC
Secretaría de Cultura



9 **DANIEL EFÍMERO**
COAHUILA ALCALÁ

MÉXICO
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA



Gobierno de
Coahuila



CONACULTA

Una nueva forma
de gobernar

SEC

Secretaría de Cultura

